

# El Ruedo



MAVEDRA

1<sup>50</sup>  
Pts



**Capeo a la tijera**  
(Dibujo de Perea.)



# El Ruedo

EN ESTE NUMERO:

## CON MANOLETE EN EL AIRE

El diestro cordobés al subir, en Alicante, al avión que le condujo a Madrid, después de la corrida que toreó el domingo en aquella plaza

(Interesante reportaje en las páginas centrales)

(Fot. Sanz Bermejo)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

LA CORRIDA DEL DOMINGO  
EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Dos momentos de Choni



Pepe Bienvenida, en  
su segundo toro y...



...jaquella media ve-  
rónica de Albaicín!...

ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II - Madrid, 9 de mayo de 1945 - Núm. 48

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**E**STA en plena marcha el fabuloso negocio de los toros: Si alguien quiere enriquecerse arriesgando poco dinero, lo conseguirá haciéndose empresario de una Plaza para dar dos o tres corridas a base de buenos carteles.

No, no es tan difícil como pueden ustedes imaginar. Los buenos carteles se organizan con buenos diestros o con diestros de moda, simplemente. De los honorarios que se convengan no hay que preocuparse, por elevados que sean, porque el público los paga sin chistar y el empresario no tiene que anticiparlos.

Tampoco los toros deben ser tema de preocupación, porque a los públicos de ahora no les interesan. Uno está en la Plaza rodeado de aficionados que preguntan sin cesar: «¿De quién son los toros?». El precio de su localidad lo pagaron hasta con recargo, sólo para ver a los dos o tres «ases» de la tauromaquia que integran el cartel...

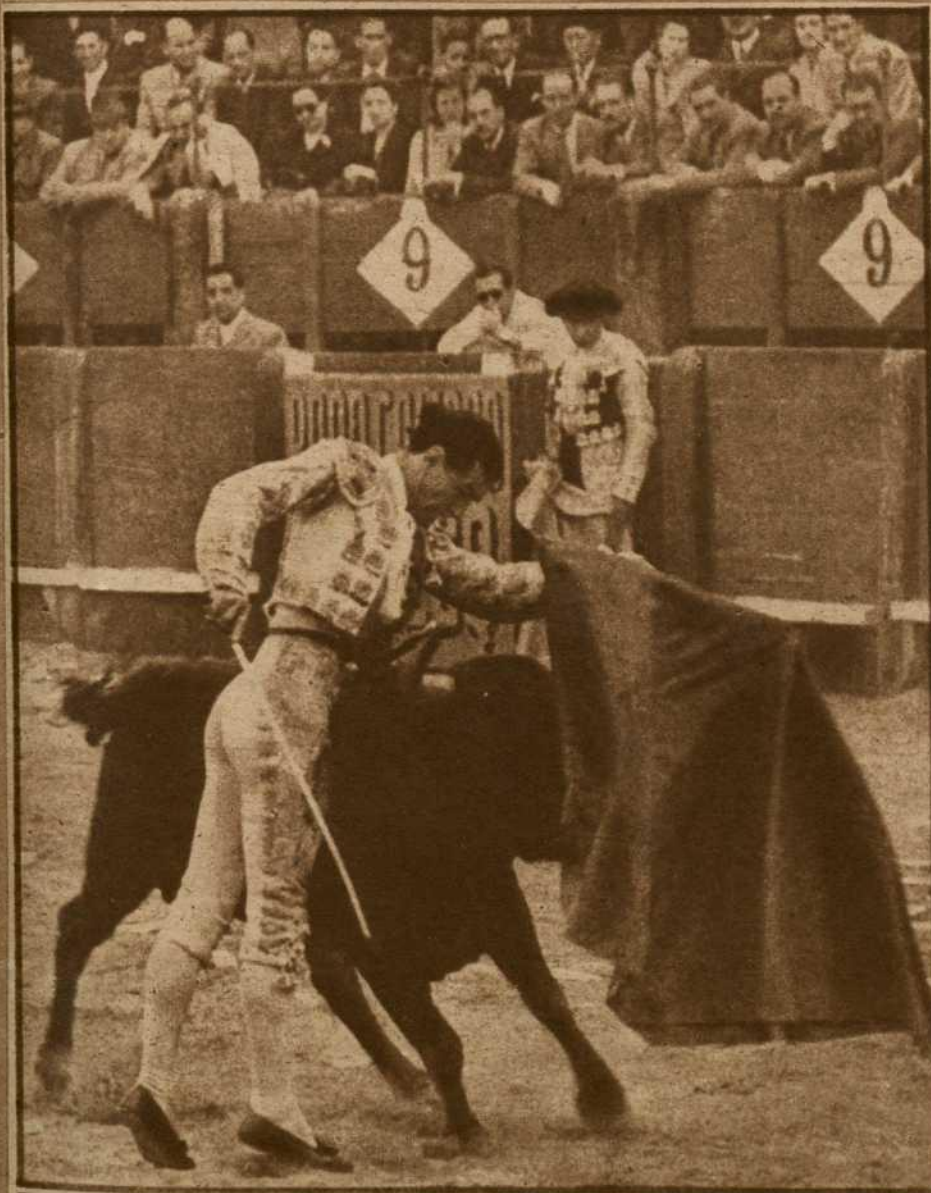
¿Y arrendar la Plaza? Nada grave tampoco. Se elige una de provincias en la que no se den, o se den muy pocas corridas; se busca un pretexto más o menos festivo; se habla con el alcalde, los concejales y los comerciantes de atracción de forasteros, de turismo, etcétera, y es posible que se obtenga incluso una subvención.

Lo demás es claro como la misma agua: el dinero para realizar el negocio sin quiebra alguna lo pone el público. El empresario apenas habrá tenido que anticipar el precio de las reses —y aun de éste le responde en casi la mitad el carnicero— y se encontrará, apenas terminada la corrida y una vez saldadas todas las cuentas, con un magnífico fajó de billetes acreditativo de que está en plena marcha y en su temporada de oro el fabuloso negocio de los toros.

De todo esto —que viene como anillo al dedo en los comienzos de esta temporada, en la que los aficionados españoles van a desembolsar más de cien millones de pesetas en homenaje a su fiesta favorita— habla Enrique Vils, el crítico taurino del diario «F. E.», de Sevilla, con claridad meridiana, con elegancia y sin resentimientos, en su libro «El negocio de los toros».

Si; ese negocio de los toros que está en plena marcha, y en el que cualquiera puede enriquecerse, como empresario, por supuesto, pues como ganadero hace falta, primero, ser rico, y como torero no es preciso decir lo que hace falta. Las exigencias de los diestros son las únicas naturales. Los toros, aun los de mazapán, hacen daño. ¡Y matan! Cuenta Enrique Vils que en lo que va de siglo, hasta el año 1944 inclusive, murieron de cornadas 192 toreros.

Señor Asutral: Aunque no lo crea, agradezco mucho sus cartas y los estimo, no obstante las discrepancias de nuestros criterios y la traidor con que los sostenemos. Le ruego que me envíe su dirección antes de continuar esa pesada tarea a la que con mucho gusto pertenecería si aquella discrepancia lo permite.—J. L.



ARRUZA, EN LA CORUÑA

El torero matando en un gran pase de pecho en el toro del que cortó la oreja, en la segunda corrida de feria. (Foto: Marca)

# La corrida del domingo en MADRID



## La semana en las Ventas

### Una aficionada de ahora Por EL CACHETERO

La tónica de llenos que se vienen dando en la Plaza de Madrid tiene alguna que otra, aunque no, claro está, para la Empresa. Tiene la quebra de que la Plaza sufre unos atestones muy lucrativos, de gente bien dispuesta a divertirse, de maravillosa buena fe y de no demasiados alcances taurinos. Esto se nota en cuanto la corrida no toma el ritmo previsto de antemano por cualquiera de los azares que suele rodar ante las dos astas del toro que sale por los chiqueros. El aficionado con solera sabe a qué atenerse, mientras la mayoría, la que llena la Plaza, porque en Madrid hay gente para llenar lo que se ofrezca, y no es malo que vaya a los toros en vez de desviarse a otras cosas; esa mayoría no ve más quebras en los toros que la de la que puede darse en la diversión. Es decir, si sale un toro manso, mansísimo, que huye de los capotes como del diablo, cualquier aficionado sabe que la lidia tiene unas posibilidades reducidas, por cuyos estrechos límites ha de transcurrir, mientras el grueso de la gente muestra sólo el malhumor de un espectáculo frustrado. El domingo salió un quinto toro así, de la ganadería de Moura, y la gente se empezó a meter con la presidencia, cuando en buena técnica al que había que denostar era al ganadero, si se estimaba que podía tener alguna culpa, o la Empresa, que sí que la tiene, porque ya sabe a qué atenerse sobre las condiciones de los toros de la vacada de Moura, de los que ha comprado abundantes para esta tempestad. Pero, ¿chillar al presidente, porque sale un toro manso? El señor Cartier estuvo muy bien en dar una buena solución reglamentariamente taurina a aquello, o sea, sacar el rojo pañuelo del foguero y poner cara de palo a aquella protesta absurda que cuando vió que no era viable así, tan en seco, comenzó a encontrar cojera en el toro, que nada tenía de cojo y todo de manso. En lo que ya me pareció discutible el acierto de la presidencia, por lo menos entonces, fué en limitar a tres los pares cuyos estampidos habían de romper para el espada la pujanza de un toro que no había tomado una vara. Luego, ya se vió que de manso que era el bicho, punto negro de una corrida, lo mismo daban dos pares, que tres o que cuatro. En fin, que así está el público y que a lo mejor, ya que ha empezado a atestar los toros, a lo mejor también acaba por estar en lo justo y no chillar a tontas y a locas.

Pero no hay que meterse demasiado con un público que también tiene sus cosas buenas. A esta corriente, que ha metido en Plaza a las mujeres, hay que agradecer, por ejemplo, el que ayer me deparase una vecina de localidad, muy elegante, con puntas de «swing» y llena de encantos. Entre éstos no era el menor su empeño en apostillar la corrida con axiomas deliciosamente imprevisibles. La verdad es que su charla vino a menos mediada la corrida; pero durante los tres primeros toros sus sentencias, muy en voz alta, esmaltada de unos mohines maravillosos, nos alegraron la vida.

Decía así, en la costalada de un piquero:

—Antes que picador me dedicaba a sereno. ¿Por qué ganarán menos que los matadores, si se exponen más? Y seguía por esos cauces:

—¿Por qué a los toros les gusta el color rojo?

—Las banderillas es lo más fácil. Como el toro va lanzado no puede frenar y en cuanto pasan, se les clava y a otra cosa.

—¡Huy, qué chico es ese toro, mirado sin gafas! (Se había quitado las ahumadas, enseñando unos bellos ojos azules).

—En el campo se arrancan más los toros y más de repente.

—Bienvenida no puede hacer más. Cuando los hermanos pequeños ponen banderillas son una monada.

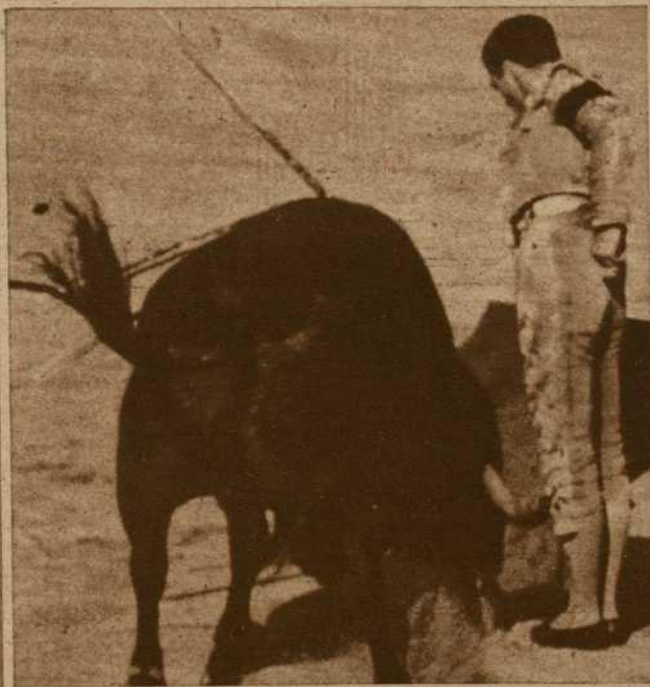
—Los toreros pasan mucho miedo. Mario Cabré me dijo que lo pasaban, pero que tenían que aguantárselo.

Era tan bonita, que todo eso sonaba muy bien y tenía toneladas de gracia. Era tan buena, que aplaudió al menor resquicio. Era tan educada, que no chilló al presidente. Pero así, con menos belleza y más temperamento de bronca, entran miles a las Plazas todos los días. Mi enhorabuena a la empresa.

## Seis toros de Garci-Grande para Pepe Bienvenida Albaicín y El Choni, que confirma la alternativa



A la izquierda: Pepe Bienvenida en el momento de entregar los trastos a El Choni.—En el centro: Pepe Bienvenida, El Choni y Albaicín antes de salir a la Plaza.—A la derecha: Jaime Marco dando la vuelta con la oreja que se le otorga.



El Choni dando un buen pase con la derecha.—Abajo: Bienvenida en su segundo toro.



Albaicín toreando de capa.—Abajo: El Choni muletazo por alto.



# Después de la corrida

**«No a todos los toros se les puede torear juntando las zapatillas», opina Bienvenida**

**Albaicín siente antipatía por el descabello**

**El Choni cree que las buenas estocadas se consiguen perfilándose desde cerca**

## Pepe Bienvenida

MIENTRAS la Plaza de Toros de Madrid continúa viéndose privada de la cooperación de los diestros famosos, la confección del cartel de cada corrida será empresa de pasar a la antología de hechos inverosímiles.

Que nosotros sepamos, están repartiendo turno a que un as de la baraja taurina se digne cargar su espaldarazo, toreando con bien ganado prestigio como Julián Marín, Luis Dominguín, Aguado de Castro y Benito de Valencia.

En principio, hoy era El Escribiente —uno de los poquisisimos que nunca desdeña torear en Madrid— el encargado de obtener la confirmación de El Choni. Una desagradable experiencia motivó que, al quedar libre el cartel, tuviera la Empresa que recurrir, una vez más, a los buenos oficios de Pepe Bienvenida.

Como quiera que éste, al igual que siempre hicieron todos los toreros de su apellido, se anda con remilgos cuando se le pide aportar su concurso se le dijo, Pepote hizo hoy el papelito dispuesto a hacer olvidar al público su mala tarde anterior.

En la hora de los balances, se oyó el torero que había adelantado algo en sus propósitos. Esto nos lo va a decir él, en los términos siguientes:

—El público es dueño y señor para enjuiciar mi labor y yo no estimo oportuno. Por mi parte, sustento el criterio de haber hecho a mis dos toros faenas justas y medidas que deberían. No a todos los toros se les puede torear juntando las zapatillas. A los de hoy, al menos a los de mi lote— que se les podía hacer otra cosa que lidiarlos y matarlos con seguridad. Creo haberlo hecho, por ello, al analizar mi trabajo, no experimento descontento.

## Albaicín

El torero de la tez bronceada y de la faraónica prestancia tiene algo más que la consabida gracia gitana. Tiene una definida personalidad y una indomable voluntad de triunfar.

Este nuevo esta tarde se le vio dispuesto a aprovechar el momento. Y sus dos lances y la media verónica con que los realizó, con tan insuperable esmero de temple y suavidad, le merecieron abundantes ovaciones



El Choni inicia su faena con un estocada por alto en el toro del que se le concedió la oreja.



Aumentando la embestida, y en la misma cara del toro, Pepe Bienvenida clava un puntal a su segundo toro.



Majestuosa. Perfección. Todo lo demostró Albaicín en la media verónica en el quinto del sexto toro. (Apuntes de Roberto Domínguez)

nes y hasta que lo sacaran en hombros.

Sin embargo, Rafael sigue mohino y contrariado.

—¿Pero ha visto usted —me espetó— cómo tampoco hoy se quebró mi mala suerte? Porque mala suerte fue que mi primero, por aquella malhadada pica enhebrada, llegara a la muleta muy descompuesto.

—No obstante, aun logró usted hacerle cosas estimables. Lástima que con el pincho...

—... estuviera en un tono, vamos a llamarle menor. Reconozco mi desgracia a la hora de descabellar. Por cierto, que bien pudiera achacarse a la antipatía que siempre me produce el manejo del descabello. Es un recurso al que no quisiera nunca llegar.

—¿Cuántas corridas de toros lleva toreadas en Madrid?

—Seis, y hasta la fecha sólo me salieron toros pésimos y algunos menos malos, pero ninguno bravo y noble. Algún día tendrá que salirme, y entonces verá este público de Madrid cómo sabe Albaicín corresponder a las manifestaciones de esperanzado aliento que siempre me prodiga.

## El Choni

MIENTRAS los deseos de superarse no abandonan a Jaime Marco, bien puede augurarse un porvenir lisonjero en su profesión. El buen éxito obtenido hoy debe servirle de acicate y señalarle el definitivo camino del triunfo.

El fortísimo palotazo sufrido al entrar a matar guapamente al último de la tarde, obligó a El Choni a permanecer acostado hasta bien entrada la noche. Muchas caras sonrientes a su alrededor, pero ninguna tanto como la del propio torero.

Se comenta su cometido con el primer astado, y Jaime es de opinión de que el toro empezó embistiendo bien por el lado izquierdo, para acabar muy mejorado por el contrario. De aquí su faena por el derecho, muy decidida, aunque un tanto malograda a la hora de matar.

Este inconveniente lo cree El Choni motivado por perfilarse desde largo. Esto explica su decisión de cambiar de táctica en el toro de la oreja —el de más respeto de la corrida—, al que entró a matar, no sólo en corto, sino también siguiendo la línea recta. Y el resultado no pudo ser más lisonjero, ni más emocionante tampoco.

F. MENDO

# BANDERILLAS DE FUEGO

Por Cruz Ernesto Franquet



El último espectador que entró a la Plaza de las Ventas, se colocó junto al mástil de la bandera en el tejadillo. Pero no gritan las empresas que este asunto de los toros es un negocio ruinoso? ¡Hum!

Estos carteles de las Ventas se parecen a esos comercios que liquidan a fin de temporada.

Pero con una diferencia: Que en las Ventas no hay semana del duro.

El Choni confirma la alternativa.

La alternativa es un rito, una ceremonia grave que secongaja.

Parece como si dos amigos que estuvieran enfadados largo tiempo y que, de vuelta de cion camínos, se encuentran de nuevo y se reconcilian en público. Se dan la mano, se abrazan y se ofrendan entre ellos valiosos presentes —la seda por la pañosa— en señal y signo de amistad.

En este momento podría escucharse un suspiro en la Plaza.

Pepe Bienvenida huye a él mismo... y él mismo no se puede encontrar más tarde.

La belleza marcha lentamente.

A ratos desconcierta.

Ahí queda, para siempre, ese sueño de sedas y terciopelos de la media verónica del Albaicín al sexto toro de la tarde.

La banda de las Ventas es un conjunto musical para minorías.

Como esos conciertos de cámara para dilettantis.

Que sólo los oyen cuatro.

Si no fuera por ese amigo que tengo, clarinete, juraría que esa banda no existe.

¿No será la banda del silencio?

El Choni es un muchacho valenciano con aroma de naranjales.

Gracias a él nos divertimos, y gracias a él se eleva el tono de la fiesta.

¡Eres un bravo muchacho!

Es divertido y significativo, que ya el público ni se preocupe de los picadores, ni de la scarificav.

Ante el toro quinto de Garci-Grande, cojo y manso, un chiquillo se dirigió a su padre:

—Yo creo, papá, que lo difícil no es ser torero...; lo difícil es ser toro!



Tampoco los toros soportan a los impacientes, ni a los torpes.

Ese pito que se oye en los tendidos de sol pertenece a un futbolista colado de rondón en la Plaza, en un domingo sin Liga y sin Copa.

Esos abanicos de colores que cubren los tendidos de sol nos recordaban días de verbena, con la alegría de los farolillos valencianos.

Y para ser más fiel la imagen, las banderillas de fuego, que para su vergüenza tuvo que dejarse colgar el quinto toro, suplían a los fuegos artificiales.

Lo único que faltaban eran los churros.

SAL DE SIGLOS

# TORERIAS DE ANTANO

Por EMILIO CARRERE



ES muy difícil identificar el terreno de las viejas Plazas de Toros que se alzaron en nuestra Villa. Lo más fácil es evocar la de la Puerta de Alcalá, tan conocida por los dibujos de Perea. Pero, ¿cómo fueron las anteriores? Es sabido que hubo una placita de toros en la calle Mayor, en unos terrenos de los señores de Luzón, y otra al final de la calle de Atocha. Estas Plazas fueron la cuna de la fiesta actual, "del empuño de a pie". El siglo XVIII resulta una paradoja tauromáquica: muere la fiesta en la Plaza Mayor, por antipatía inexorable de Felipe V, y renace con entusiasmo en unas

placitas improvisadas. Se acaba la torería a la jineta de los caballeros y brota la torería popular y pedestre. Quedan algunos rezagados de la nobleza, pues en la "Cartilla de torear", que publicó en Madrid, en 1726, don Nicolás Rodrigo Novelli, se citan como diestros lidiadores de a pie, a los caballeros don Jerónimo de Olosó, don Bernardín Canal y don Luis de la Peña Terrones. Y ya sin la cabalgadura natural, que es el caballo, aun sale a picar los toros un tal Juanillón, montado en un amigo suyo; tal era la confianza que el voluntario cuartago tenía en la destreza y fuerte abrazo de Juanillón. Unos años después, aparece Pedro Romero —buen hombre, de romance tauromáquico—, que fué el primero que usó la muleta, pues hasta entonces iban los toreros con el estoque al encontronazo con el toro, pecho contra testuz y sin engaño. Pedro Romero y su compadre Lorencillo, el maestro de Cándido, torearon en la mencionada placita de la calle de Atocha, en los terrenos del duque de Lerma. El toril estaba en la que hoy llamamos calle del Tinte.

El XVIII es la más brava viñeta torera. Hay tipos magníficos, como Costillares y Pepe-Hillo; como profesionales y como aficionados, el famoso licenciado Falces, retratado por Goya, que burlaba al toro embozado en su capa. En las alturas del Poder seguía tronando contra la torería. Tras las imperiosas prohibiciones del primer Borbón, Carlos III, en una pragmática de 1785, insiste en la prohibición de las corridas con toros de muerte. Como la afición tauromáquica no entendía de pragmáticas, y los diestros seguían jugando la vida por partida doble —con los toros y con los corregidores, que por la orden real perseguían la fiesta—, reiteró el mandato, aun con mayor dureza, en 1780 y 1787, ordenando "que estuviere muy a la vista el Consejo de Castilla". Pero si cerraron las Plazas a piedra y lodo, había corridas "de novillos de curda", así de día como de noche y por las calles —estampa bárbara, pero magnífica de profundidad y de color—, hasta que Carlos IV —que tampoco quería bromas con los cuernos— prohibió estas tradicionales correrías callejeras en 1790. Dice el erudito Dionisio Chaulie que, "a pesar de tantas alternativas, la afición de los madrileños a los toros iba en aumento; que por asistir a las corridas enteras, por mañana y tarde, abandonaban el trabajo los menestrales, y sus ocupaciones las demás clases; que se celebraban las corridas los lunes por evitar que dejasen de oír misa los aficionados si se hubieran verificado en domingo, y que se admitía como disculpa o caso de fuerza mayor para cualquier falta de asistencia la obligación precisa por haber estado, en los toros".

Se han deslizado los siglos, y los madrileños forman cola para adquirir su billete para los toros. Es una pasión de casta que llevamos en los cromosomas o agentes de la herencia, nos diría el biólogo Jean Rostand. Una magnífica realidad de luz española superada como arte. Vale la pena que la canten los romanceros y la pinten los pintores. Es una pimienta y un fulgor que llevamos en la sangre nosotros solos como una sal de siglos.



EFEMERIDES

# DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

MAYO

9

MIERCOLES

UNO de los temas que más se suscitan entre los aficionados es la suerte de picas. Por lo oído a quienes sobre el particular me merecen más crédito, esto que ahora se estila es una pantomima. Que si la *carioca*; que si los petos; que si la falta de poder de los llamados toros... Desde luego, ya no hay quites —porque no hay que quitar al toro que busca al picador, salvo circunstancias contadísimas—, y si otra suerte que podríamos denominar «de lucimiento por turno». Todo esto viene a cuento de la muerte de Lucas, consumado artista en su género, picador de oficio, ocurrida el día 9 de mayo de 1880. Lucas sufrió una caída y entró por su pie en la enfermería, sin que nadie concediera importancia al percance. Al día siguiente se corrieron las voces: «¡Muerto!» Se había dictaminado como

«contusión en el vientre, causada por la pera de la silla», lo que en realidad fué una peritonitis traumática.

Otra suerte desaparecida —ésta del todo—, de tantas como vamos sacando a la luz de nuestra Revista, es la del salto con la garrocha. Lagares —que se empeñó en afeitarse, de la nuez al cogote, por el camino más corto, y así terminó sus días—, el día 10 de mayo de 1877, sufrió una cornada horrible porque le faltaron, tal vez, su arte y su peculiar habilidad. Miserable se llamaba el toro que le dejó casi inválido. Una suscripción de «El Toreo» le dió mil novecientos veintisiete reales. Al parecer, poco después, su vida se hizo miserable del todo, y vino aquello del afeitado en seco.

Y al evocar el 11 de mayo —aunque con razón me llamen Rambal—, forzoso es escribir que en tal día, el año 1801, murió, en la Plaza de Madrid, Pepe-Illo, juncal, rumboso, caritativo e ídolo de muchedumbres. Se lidiaron dieciséis toros, entre la mañana y la tarde, por Costillares, Illo, José Romero y Antonio de los Santos. José Delgado resultó con un puntazo en una pierna, por la mañana; pero toreó al declinar el sol. Al entrar a matar al séptimo —Barbudo, negro, de la vacada de Peñaranda de Bracamonte—, que fué «cobarde con los caballos», Pepe-Illo fué cogido, derribado y vuelto a coger, sufriendo una cornada en el epigastrio, de la que murió a los pocos minutos. Si el nombre de Pepe-Illo se conserva hoy, al siglo y medio de su muerte, es porque fué historia popular la suya, como su misma figura, rica en trajes, deseosos de ser contemplados.

El día 12 de mayo de 1890 dijo adiós al público de Madrid, en representación del de toda España, Salvador Sánchez Frascuelo. Aquella tarde dió la alternativa a Lagartijillo. Del temple de Salvador, como matador de toros —ya que tanto hemos escrito y escribiremos de él—, baste decir que una vez en la enfermería, sometido a una operación muy dolorosa, al entrar un amigo le preguntó: «¿Qué es esto, Salvador?» Frascuelo, procurando disimular el dolor con una sonrisa, contestó: «¿Qué ha de ser? ¡Ná! Lo que dan los toros: una cornada». En otra ocasión le preguntó un periodista: «¿Qué herida le produjo más dolor?» Sin pensarlo, Frascuelo contestó: «Aquella que me obligó a no torear en la Plaza de Madrid durante mucho tiempo». (No; no es que pensemos ahora en Ortega, Manolete..., y siguen las firmas.)

Al llegar aquí, surge Cacheta de los puntos de la pluma, tan sólo por haber nacido el 13 de mayo de 1861: «Era valiente, tenía arrojo; pero, torpe y sin arte, lo fiaba todo a la temeridad». Vean algunos el sitio que depara la historia a los toreros con estas características, y pasemos a escribir tan sólo que Marinerito, hijo de Lillo y sobrino del Cuco —que fueron banderilleros gaditanos y famosos—, tomó la alternativa el 14 de mayo de 1855. Sé que en agosto, en Cádiz, y en 1900, toreó, con más de cincuenta años, por última vez. Pero no creo que le importen a nadie estos pormenores, que si consigno es por «hinchar el perro».

Se da hoy el caso de que me sobra el espacio que otras veces me falta.

Porque, para terminar, con escribir que Rafael, el Gallo, estuvo lo que se dice fenomenal el 15 de mayo de 1912, con Jerezano, de Aleas, podría saludar y hacer mutis por hoy. Sin embargo, para añadir una coletilla diré que Litri (padre), que también nació un 15 de mayo —1869—, fué torero porque en una carretera se encontró con un toro desmandado. Ni había árboles, ni paredes, ni casas donde guarecerse, y optó por defenderse con un saco que llevaba. El morlaco le empitonó por un muslo. Miguel Báez era valiente; dió por bueno su bautismo de sangre y se hizo torero. Sus sobresaltos, después, como padre, por tener un hijo torero, tuvieron por rúbrica verlo morir en Málaga el 11 de febrero de 1926.

MAYO

15

MARTES



# EDUARDO LICEAGA EN MADRID

## En dos años de novillero ha colocado su nombre como figura destacada del toreo mejicano

"Si la suerte me acompaña, tomaré la alternativa en septiembre"



Eduardo Liceaga

Se dice que el pequeño Liceaga es algo genial. Que su arte soberano estaba por encima de todo lo que habíamos visto a los mejicanos. Así nos hablaron cuando venían de la nación azteca, gentes en el toreo, que podían y debían basarse en algo, lo suficiente para no impresionarnos por los comentarios.

Sus años son pocos. El historial casi no cuenta. Las ambiciones son muchas y las esperanzas van emparejadas a los recientes triunfos en la Plaza de más prestigio de Méjico.

«El Toreo», donde tantos se consagraron y donde igualmente se ahogaron promesas. En esa cátedra ha triunfado Eduardo Liceaga, el muchachito en formación que nos ha llegado y que veremos muy pronto, quizá mañana, en la primera Plaza de España.

Es distinto a todos. En su constitución física, en el hablar, en el rostro, que no guarda ninguna relación con el de sus compatriotas.

Cuando nos encontramos frente al novillero, que tiene ya un nombre grande entre los lidiadores de reses, titubeamos. Porque en presencia de Eduardo Liceaga no podemos suponernos que este espigadito muchacho, con una presencia endeble, pudiera llegar a ser algo grande en el toreo. Y lo será, a juzgar por cuanto nos han dicho y por lo que él personalmente nos ha anticipado.

### POR LAS HACIENDAS DE MEJICO. DE SOBRESALIENTE CON SU HERMANO DAVID

El torero tiene un tiempo. Si ese se aprovecha tiene un camino amplio, seguro, firme siempre. Llegará a los veinte años en plenitud de su arte, porque el camino duro estaba ya vencido, lo tenía trillado cuando el esfuerzo y los contratiempos no influyen. Eso lo realizó Eduardo a los dieciséis años, junto a su hermano David.

Y lo encontramos hoy con dieciocho, ya maduro, sin que tenga que aprender nada; porque sus entrenamientos estuvieron facilitados por el apoyo y la experiencia de un veterano en la tauromaquia. Eduardo, junto a su hermano David, recorrió los principales Estados mejicanos. Alternó con él en las corridas que torzaba el mayor de los Liceaga, y como sobresaliente intervenía en los quites.

Hubo otros principios. Los que no todos pueden alcanzar.

De hacienda en hacienda. Alternando en festivales. Acudiendo a los tentaderos..., camino a seguir para llegar a alcanzar un sitio. Esto lo realizó de continuo Eduardo Liceaga.

Había ilusión en él. Pero los familiares querían apartarlo de tan expuesta profesión.

Y, como siempre, pudo más la afición y voluntad del pequeño que los consejos de los mayores.

### UN AÑO DE ACTUACION COMO MATADOR DE NOVILLOS

No es nuevo el caso. Pero sí que debemos situarlo entre los que conocemos nosotros. Algunas figuras precisas muchos años de actuación y tampoco llegan. Otros se elevan por sus propios méritos, sin que contase el tiempo ni el aprendizaje... ni tantas cosas que son básicas para ser torero.

Esta espigada figura ha sido en un año cuanto sueñan hombres de más fortaleza. Pero el volumen no lo hace todo.

Y surgen estos muchachitos, que muy humildes, con ese aire de colegial, se agigantan en presencia de un bicho con muchas artohas.

Ese año ha servido de mucho para Eduardo Liceaga. Lo suficiente para corregir defectos y enfrentarse con una corrida él solo. Seis novillos muertos por el diestro mejicano, en apoteósica tarde.

### SEIS NOVILLOS PARA EL SOLO. LA OREJA DE PLATA. LA PRESENTACION EN «EL TOREO»

Tres fechas que cantan por sí solas las excepcionales condiciones de un futuro «as» de la tauromaquia se han concentrado en este «chamaco». Tres tardes que quedarán como algo indisoluble en la historia de este modesto novillero. Tres triunfos significativos que serán siempre recordados, porque de ahí partió su carrera, en la que le esperan muchos éxitos.

Con su traje verde, que desentona de nuestras características en el vestir, llamando la atención su tez, no morena, porque cae dentro de lo moruno, Liceaga nos ha contado algo de esas jornadas inolvidables para él que empieza.

Con sencillez, más bien con temor a lo que puede decir, nos habló de las tres fechas: el 6 de agosto, 5 de noviembre y 12 de diciembre.

—La primera —nos decía— fue la de mi presentación en la Plaza de «El Toreo», en Méjico, tuve un buen éxito y ello me alentó a encaminar definitivamente mi futuro por esta senda, que fué mi ilusión desde niño.

—¿Y el motivo de esas ilusiones?

—El ver continuamente por mi casa figuras del toreo, los trajes, las fotografías de mi hermano. Esos triunfos que minaron en mí para sentir la tentación.

—¿La segunda fecha de esas tres?

—La definitiva para dedicarme por entero a los toros. Había actuado ya en algunos Estados. No por muchos, porque mi actuación se limita a una temporada, y corta. Ya había debutado en el primer ruedo de la nación. En «El Toreo» me habían recibido con mucho cariño...

Siete novilleros acudimos a la corrida que pudieramos llamar de concurso. Ustedes ya lo hicieron mucho tiempo, y ahora en Méjico se celebran las llamadas corridas de la Oreja de Oro, para los matadores. Y a los novilleros se les distingue con la de plata. Como le decía, fuimos siete y la gané yo. Aquello fué el todo. Lo que jamás pude soñar... Una tarde completa y la entrega, en medio de una emoción grande, del trofeo anual.

Y vamos con la tercera. En la que se enfrentó con seis bichos, como único espada. Gran responsabilidad, porque a los diecisiete años encerrarse en la Plaza de «El Toreo»



El novillero mejicano, en Madrid, posa para el fotógrafo en la fuente de la Plaza Mayor

con media docena de astados no está al alcance de todos.

Aquí interviene el apoderado. Manfredi, que lo acompaña, tiene noticias por otro lado. Fuera, completamente al margen del interesado. También le han hablado de la memorable fecha del 12 de diciembre.

Tres toros de los seis fueron despojados de los apéndices. Eso basta para colocar a un aspirante que lleva el camino de erigirse en «as» de la fiesta más emocionante de todos los tiempos.

### MULETERO CON LA IZQUIERDA. MAGNIFICO BANDERILERO. LA OBSESION DE UNA GANADERIA

Y para mayor perfección de su arte, la muleta. Ese trazo rojo, cúspide de todas las suertes y donde el aficionado se siente llevado de la emoción en los pases más escalofriantes. El natural con la izquierda..., los afarolados..., el ligado de pecho..., toda la gama del toreo, la posee el azteca. En ese final de la lidia, Liceaga encuentra su mejor momento.

Las banderillas es otra suerte que domina en su arte incomparable. Pero la izquierda del mejicano —hablaba con gran firmeza Manfredi— será la revolución cuando logre esa tarde que ya han saboreado los aficionados mejicanos.

Cuando el torero se obsesiona por una ganadería no puede discutirsele sobre la bondad del toro. Le hablaron de que su debut sería con toros de Cobaleda, y el novillero, que espera su aparición en Madrid, supedita su debut a los toros, que por estar acordado en el contrato no lo veríamos si no llegasen a tiempo.

Así es Liceaga. Reservado cuando «platica». Casi un niño en presencia, pero duro y con enorme voluntad cuando se trata de la profesión.

Como todos, buscando triunfar. Y como sus compatriotas, espera mucho de este entendido público, que no quiere compararlo al suyo. Ahí, más vehemencia. Aquí, más apoyo al torero que apunta cosas.

Y eso le hace confiar, para llegar a septiembre y tomar la alternativa.

JOSE CARRASCO



Liceaga con su apoderado Manfredi y Osorno



Liceaga conversa con nuestro redactor en presencia de Manfredi y Osorno (Fotos Manzano.)

# CARTEL DE LA CORUÑA



Carro Caro en un adorno en la primera de feris



Adolfo Torrado, Perico Chicote, Pepe Chas y Paco Urquijo, espectadores en la barrera



Gitanillo de Triana, con Cerrajillas y Rosés, actúan por primera vez después de su retorno de Méjico



Manolete en un estatuario marca de la casa



Manolete brindando un toro a Pepe Chas



Manolete y Pepe Luis charlan después de la faena del sevillano



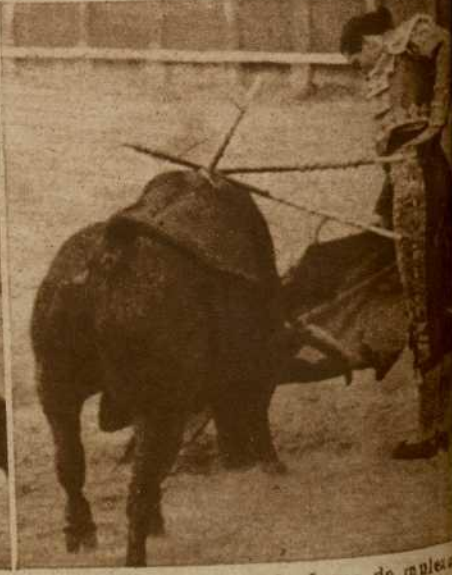
Tavares da Silva, seleccionador del equipo de fútbol portugués, charla con Manolete en la Plaza



Arruza en un derechazo por bajo



Gitanillo de Triana toreado de muleta con la derecha



Fermín Rivera en la faena de muleta toro que le correspondió

# CURRO CARO, GITANILLO DE TRIANA, FERMIN RIVERA, MANOLETE, PEPE LUIS VAZQUEZ Y ARRUZA

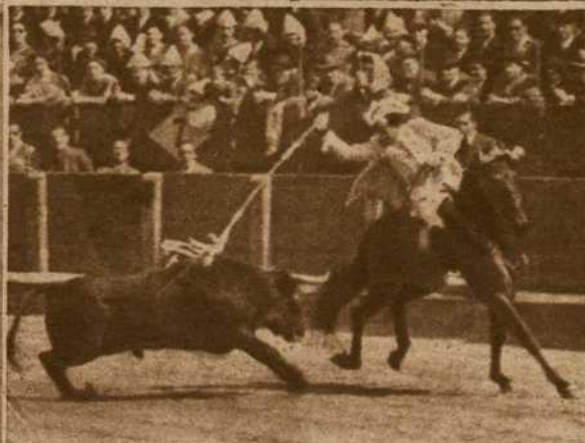
## SIMAO DA VEIGA Y ALVARO DOMEQ



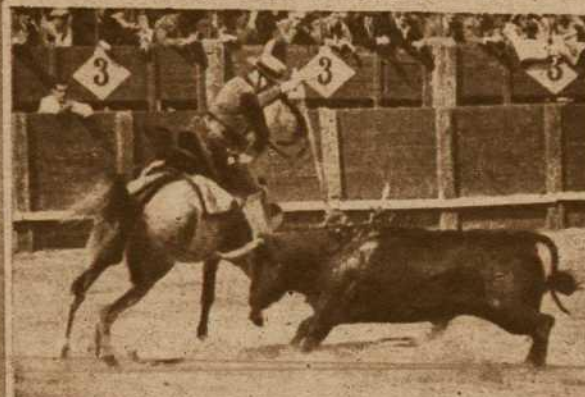
Alvaro Domecq y Simao da Veiga, juntos en la Plaza de Toros de La Coruña, donde ambos actuaron



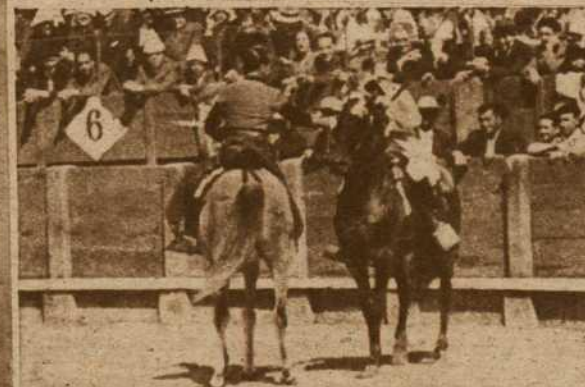
Un derechazo de Domecq, que echó pie a tierra en su turno



El portugués colocando un rejón al toro que le correspondió rejonear



El caballista jerezano colocando un rejón en la corrida que actuó en La Coruña



Domecq y Simao, ambos a caballo, se saludan y felicitan en el ruedo



Pepe Luis toreando de muleta con su peculiar estilo al toro de que cortó la oreja



Manolete dando las clásicas manolecinas



Manolete toreando a la verónica en el toro del que cortó las dos orejas



El cordobés muestra los trofeos que le otorgaron por su gran triunfo



Un magnífico par de Arruza, que puso banderillas, a pesar de ser las de fuego. (Foto-Mari.)



Conchita Cintrón con la señora de Ruy da Cámara



Conchita no bebe nunca vino, sino agua—  
Abajo: La gentil rejoneadora lee  
EL RUEDO



## TOREO A CABALLO CUANDO CONCHITA CINTRÓN TIENE QUE REJONEAR

No siente ninguna preocupación  
y come cuanto se le antoja

SEVILLA. Mediodía del domingo. Arriba, un sol con impacencias veraniegas. En la calle, trajín de fiesta. La gente va y viene por la gran avenida que une el paseo de Cristina con la plaza de San Francisco. Cerca de la catedral, confundida entre la multitud que sale de misa de doce, descubrimos a la gentil rejoneadora peruana Conchita Cintrón. Viste con encantadora sencillez. Lleva un trajecito rosa y cubre su cabeza con el breve velillo de tul que usan las muchachas por acá. Viéndola, nadie diría que por la tarde desafiará, cabalgando sobre obedientes corceles, las furiosas acometidas de un toro de muchos kilos. Conchita, así, inadvertida entre el público dominguero, acompañada de la señora de Ruy da Cámara, más parece una colegiala ingenua a quien asustan los ruidos de la ciudad... Y, sin embargo, tras esta presencia tan femenina —porque ya hemos dicho en otra ocasión que en Conchita lo más admirable es que su vocación en nada estorba su exquisita feminidad— se esconde una rejoneadora de fama mundial, que ha visto su nombre en los carteles de casi todas las Plazas de Hispanoamérica y que de seguro conseguirá en España iguales laureles: a juzgar por lo que hasta ahora ha hecho en la Plaza de la Real Maestranza de Sevilla.

...

¿Qué hace Conchita Cintrón los días que actúa? ¿Cómo es la mañana de esta simpática rejoneadora? Porque los toreros ya sabemos lo que hacen cuando tienen corrida. Pasean por la ciudad, toman cerveza y después se acuestan hasta que llega la hora de vestir el traje de luces, entre cigarrillos nerviosos y conversaciones tranquilizadoras de los amigos del "mataor".

Pero Conchita tampoco se ajusta a estas costumbres... Conchita, el domingo —en que actuaba por segunda vez en la Maestranza—, hizo lo que hace todos los domingos... Se levantó a media mañana, y tras desayunar, se fué a misa con la señora de Ruy da Cámara. Después volvió al hotel y almorzó...

—¿No toma usted aperitivo alguno?—le preguntamos a las puertas del hotel.

—Nunca... Yo no bebo alcohol... Cuando más tomo una naranjada. Y como ahora no tengo sed, esperaré en el patio la hora del almuerzo...

—¿Come usted poco los días que rejonea?

—Nada de eso... Como los demás días. Yo soy de poquito comer. Y no crea que por preocupaciones de línea.

—¿Qué comerá usted hoy?

—Pues unos entremeses y un filete... Y postre.

—¿Y los dulces le gustan?

—Demasiado.

—¿No siente ninguna preocupación especial los días que rejonea?

—No...

—¿Le gusta ver los toros que han de echarle?

—Algunas veces los veo. Hoy no.

Sobre una mesa próxima divisamos un número de EL RUEDO.

—¿Vió ya sus fotografías toreando?

—Sí... pero equivocaron, no más, mi apellido...

—¿Sí?

—Claro está. Es Cintrón, no Citrón...

Y como Conchita se pone seria, intentamos una explicación.

—Es que verá... El semanario se hace con mucha prisa...

Y algunas veces...

—Nada, nada... La obligación de los periodistas es enterarse bien de las cosas... ¿No es así? Porque son periodistas, no monosabios...

Le prometemos a Conchita que en adelante se remediará el error... Y como ha llegado la hora de almorzar, la dejamos en el comedor, dispuesta a enfrentarse con un filete, con la misma decisión que horas después lo hará desde el caballo con un toro entero y de verdad.

F. NARBONA

Sevilla, mayo.

Un magnífico par de banderillas de la rejoneadora peruana



Más lectura de nuestra revista



El almuerzo antes de la corrida. — Abajo: Conchita saluda al público, que la aclama (Fotos-Arenas.)





A la puerta de su finca, el cortijo de Arenales, la ganadera, pica en ristre, sale al campo a caballo

# TIENTA — EN — LOS ARENALES

**¡Qué guapa es la ganadera,  
Frascuelo la está mirando,  
Lagartijo entre barreras  
los tufo, se está peinando.**

tal, que no en balde es justificada la fama con que figuran a la cabeza de los aficionados prácticos, y hasta el simpático Trini Sánchez Mejías, mentor taurino de la casa, cuyos consejos son escuchados por su autoridad en la materia, estimulado por lo que realizan los demás, interviene en la faena, acusando su veteranía.

Como se trataba del primer tentadero de becerras de una ganadería, no podía faltar por menos la genuina representación de la feminidad taurina, representada, en primer término, por Conchita Cintrón, que con su bello toreo, tan fino y delicado como su frágil figura, deleitó a los profanos e hizo ponerse las manos en la cabeza a los profesionales, que, llenos de asombro, no sabían qué admirar más, si su finura en la ejecución de las suertes del toreo o su vasto conocimiento en la materia, que hizo exclamar a Manolete: «Esta señorita se la zabe toan». Luego, Conchita Barzanallana, estimulada por su tocaya, nos puso los pelos de punta al ver cómo una vez y otra pasaban rozando por su cuerpo los pitones de la becerria. En los intervalos de una y otra becerria, se autorizaba a los aficionados neófitos, por riguroso turno, para que lucieran sus aptitudes de valor o arte, costumbre que debía fomentarse en todos los tentaderos, como vivero de toreros que en su día dieran gloria a la fiesta nacional, tan necesitada de la creación de nuevos valores españoles que den estímulos a la profesión.

Cuando el sol se ocultaba, nos dirigimos a la finca. Los invitados. Los príncipes de Orleans, marquesa de Bóveda de Limia, conde de Sacro Imperio, marquesa de Landa, condesa de Elda, señorita de Mora Figueroa, Cristina de Albuquerque, Mercedes Fernán-Núñez, los señores de Pickman, el ganadero de Méjico don Carlos Hernández y otros grupos; todos dedicados a comentar las incidencias de las faenas.

Hubo cante y baile y simpatía a raudales.

Cuando regresamos a Sevilla, en la gentil compañía del prestigioso ganadero mejicano Carlos Hernández, aun sonaba en nuestros oídos esa agradable música del campo que tan bien describe José Carlos de Luna, y que trae a nuestra imaginación el gratísimo recuerdo de un día inolvidable.

RAIMUNDO BLANCO



Una foto de la bella ganadera andaluza con su caballo favorito—En el centro: Al frente del ganado, durante el encierro.—Abajo: En un descanso de las faenas. (Fotos Luis Arenas.)

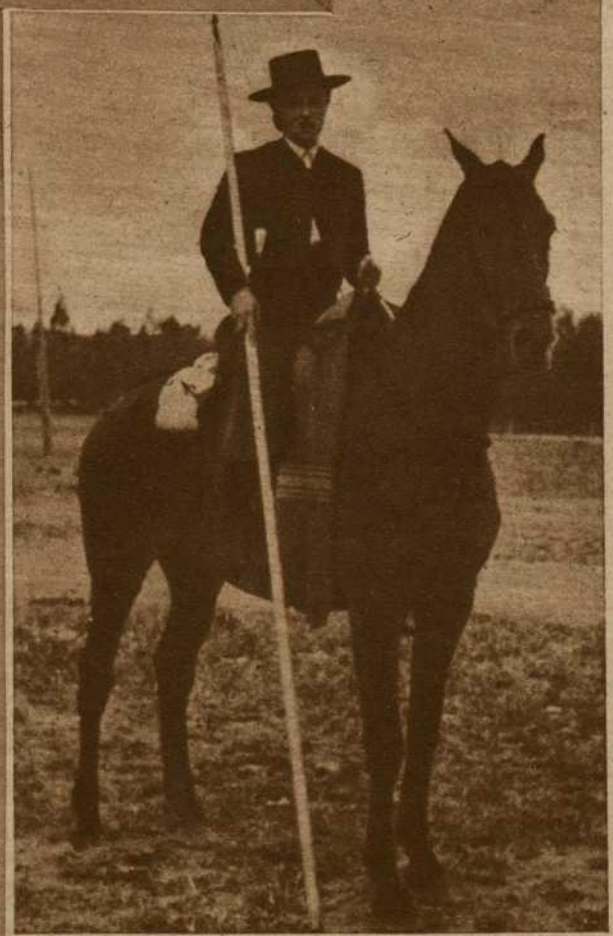
**R**OMANCE evocador de una época romántica del toreo, en la que la ganadera consorte asistía a la corrida y las miradas de todos los componentes de la misma convergían en ella, para rendirle el homenaje de su admiración entre su arrogancia y belleza.

Hoy, igual que ayer, nos hemos congregado aquí, en esta mansión señorial, sin otra objetividad que la que sean nuestros ojos testigos de esas proezas y arrogancias que, alrededor de esta dama, canta la leyenda.

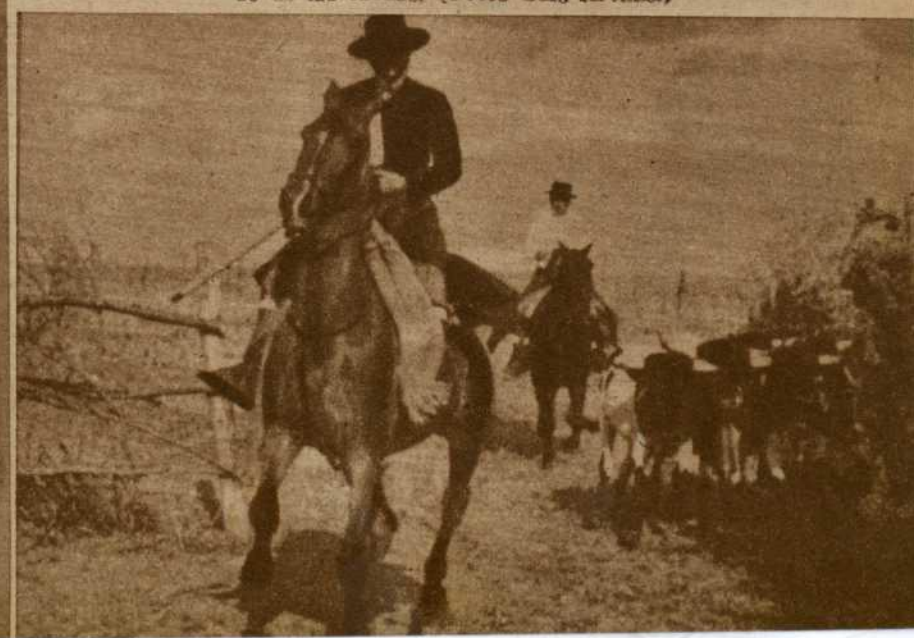
La realidad fué superior a cuanto nos imaginábamos, por que, sin perder el doble encanto de guapa mujer, vimos cómo realiza a la perfección todas cuantas faenas de tiente y preparación de la misma pueda realizar un hombre experto.

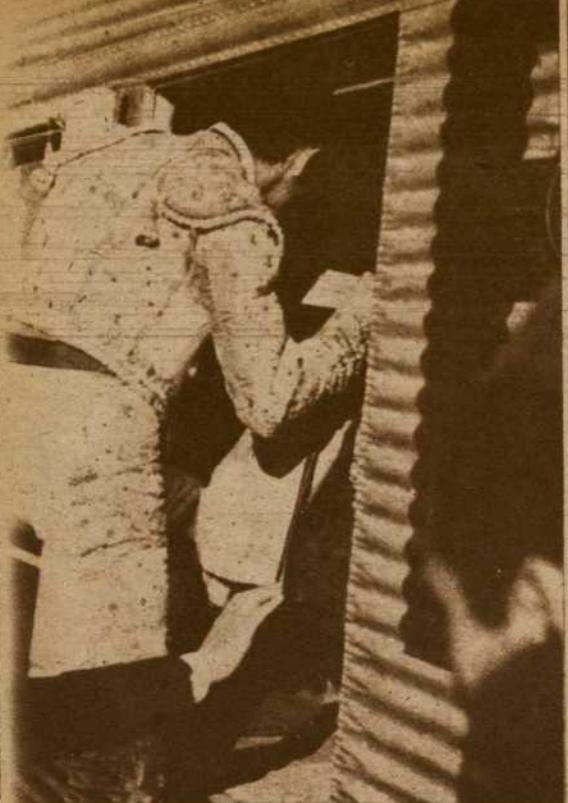
Dirige la tiente con tal minuciosidad, que el menor detalle que acuse la becerria, en cuanto a bravura o mansedumbre, queda anotado en su minúsculo carnet de notas. Ella lleva la becerria con su capote cerca del caballo y lo pone a la distancia que conviene a su bravura y la aparta del mismo cuando cree necesario que no debe castigarse más, toreándola entonces con capote y muleta como cualquier profesional, imprimiéndole a su toreo esa belleza recia que emanaba de la suya, y cuando al terminar la faena recibe las felicitaciones de sus invitados, ella las rechaza modestamente, dada su escrupulosidad, al no verse satisfecha al repasar sus notas, que, aunque acusan un progreso en la simiente, no es el deseado para su orgullo de ganadera.

Manolete, el Lagartijo de ahora, y Fuentes Bejarano, el Frascuelo de ayer, seguían su labor, y sólo esperaban sus órdenes para intervenir con esa maestría en ellos tan peculiar. Pepe Martín y Pepe Coba —los dos Pepes representativos de la afición aristócrata— emularon con éstos valentía y conocimiento de la materia



Cristina de la Maza, fina estampa de mujer española y gentil amazona andaluza

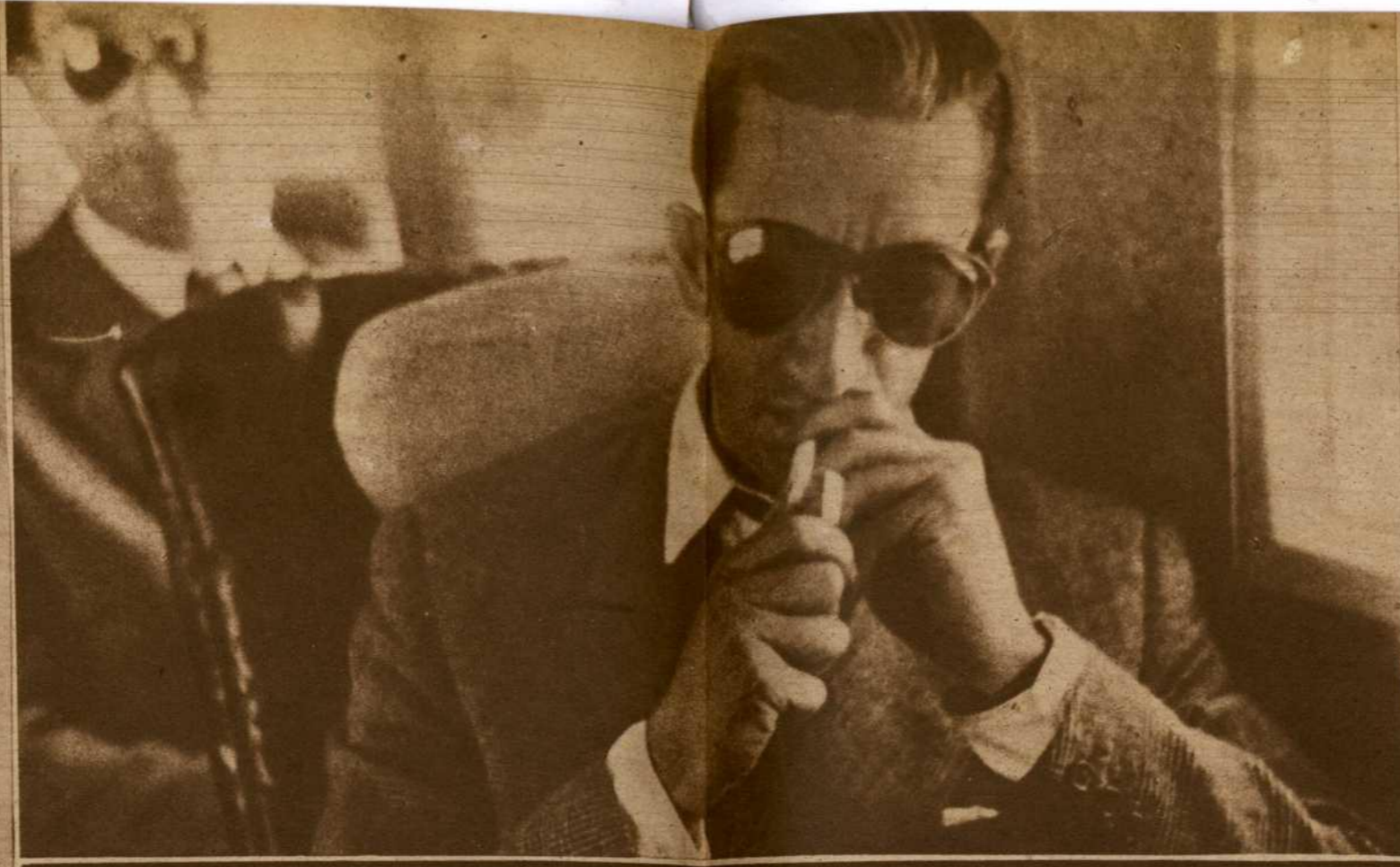




Una vez terminada la corrida de Alicante, Manolete sube al avión con su traje de torero.



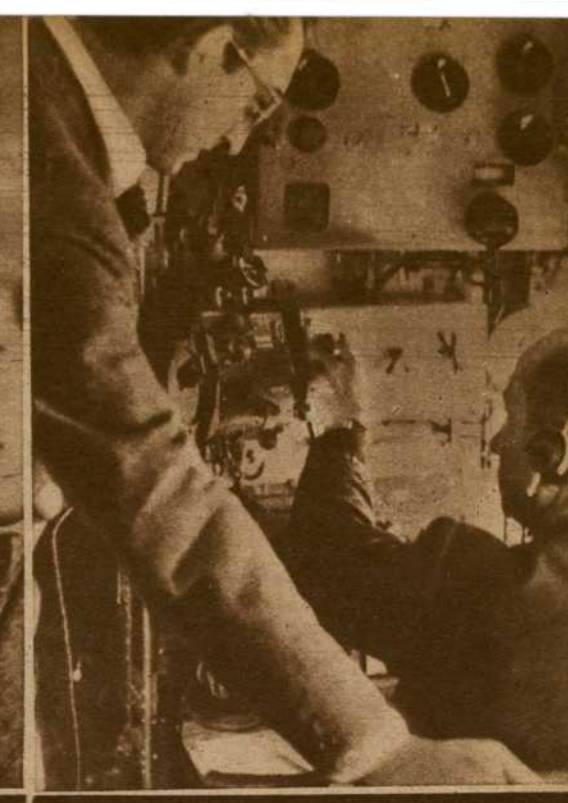
Ya va a partir hacia Madrid, y antes de sentarse, algunos comentaristas sobre la corrida que acaba de desahar.



Ya va hacia Alicante, después de haber hecho escala en Madrid, Manolete se comodamente sentado, sintiendo un zizarrillo de inquietud.



Manolete, que ha ido a hacer el almuerzo en el aire, posa en plena conversación con los corrales.



Desde su hotel, Manolete espera impacientemente la llegada del avión.

# ORO Y SEDA EN UN AVION

**M**EDIODIA del domingo en el aeropuerto de Barajas. Una luz tierna que es casi una caricia hace suave el áspero paisaje de la meta. Guardia en los hangares. Sin novedad en el aeródromo. En el bar, un grupo de aficionados taurinos que esperan algo. Es la llegada del "Junker" de la Iberia, que trae a Manolete desde León y que lo llevará para torear por la tarde a Alicante. Avisa la radio la hora de aterrizar, y puntualmente el zumbido de motores lejano se hace alas en el aire, y el aparato se posa recto y suave en el campo. Los aficionados acuden en grupo para felicitar al maestro, que ha triunfado la tarde anterior en La Coruña. Empezamos a componer los primeros octosílabos de un romance. Todo está lleno de poético lirismo aereotaurino.

*Luz del domingo de mayo en el limpio azul del cielo. Las alas del avión brillan como un traje de torero...*

Nos dicen que unos aviadores norteamericanos salieron el otro día al amanecer de Nueva York y llegaron a Madrid con tiempo para asistir a la corrida. Y en Barajas comprobamos que esa fantasía es absolutamente cierta. En la Quinta Avenida pueden gritar: "¡A los toros! ¡A la Plaza, eh!". Y cargar de aficionados un tetra motor (siempre que la Empresa de Madrid no dé una novillada de esas a las que nos tiene acostumbrados, porque entonces no valdría la pena). Pero hablemos de Manolete, torero de hoy, que usa el "Junker" en lugar de ir en calca. Ya está comiendo con su cuadrilla y sus amigos en el bar de Barajas. Habla del "genio" de los Guardiola que toró en La Coruña, de su amigo Chas —"meceñas de la hospitalidad"— y de que los lidiadores suelen tener la costumbre de ignorar siempre el significado de la palabra "prisa". Evoca aquellas cuadrillas que se paraban en todos los ventorros de las carreteras para "cohar un trago". Y eso, ¿por qué?—le preguntamos. Y contesta con su media lengua cordobés: "Será el deseo subconsciente de llegar tarde a la Plaza... digo yo...".  
—¿El miedo?

ver de Alicante. Y siento curiosidad por conocer el sistema de luces del aeródromo. Y sube de nuevo al "Junker" que tripulan los "ases" Sastra y Lisardo, con el mecánico Bernal y el "radio" Usara. Con el finísimo "vamos" de pasajeros el teniente coronel Juste, arquitecto de la simpatía, don Ramón Herrera que sólo se siente sano cuando acompaña a Manolete, y que por esa razón piensa pelear que corra corridas durante el invierno, a fin de no padecer catarros; Cobalco, de la Iberia, que nos cuenta muy indignado como en cierta ocasión un torero le regaló unas ananadadas como en cierta ocasión un torero le regaló unas ananadadas, pensando que, por ser aviador, le gustaría verlo todo desde lo alto; y otros excelentes amigos, como Medina y Gómez Moreno, con Camará —que jamás prescinde del amañar de sus gaitas—, los banderilleros Pinturas, David y Cantimplas; los picadores Parrilla y Barajas, que miran por las ventanillas del avión con gesto de ciavar puyas a los pajaros, y el fotógrafo Sanz Bernatejo y yo. Pero Najera, de "La Iberia", me explica que Guillermo, el mozo de espaldas, quiere decir algo. Hemos iniciado el vuelo y, con el ruido del motor y los agudones en los oídos, no se oye bien. Al fin me entero de que, además de Guillermo, viene otro mozo de espaldas que se llama El Chirri o algo así. A esto Guillermo le da mucha importancia: "Diga usted, si escribe algo de esto, que es el primer viaje de esta clase que se efectúa con dos mozos de espaldas".  
—Y como puedes ver —le digo, señalando al pasaje—, con un nutridísimo cortejo.  
—Sí, sí —insiste—, pero con dos mozos de espaldas. Como se dice en las rectificaciones de los periódicos, "queda complacido".  
No voy a ofender la cultura de ustedes descubriendo a estas alturas —que son dos mil metros—, y a doscientos por hora —velocidad prudente, porque ten mos tiempo—, el panorama, ya tópico que se divisa desde el aparato: el campo como un tapiz de muchos tonos; los arbolitos enanos, las cicatrices de las carreteras, los espejitos de los estanques, etc., etc., eso que dijeron tantas veces los escritores aeroviadores, como los de ferrocarril "descubrieron" que los palos del telegrafo azotaban las ventanillas.  
Manolete, serio y silencioso, ocupa un asiento junto a la cámara de pilotaje. Mira con tristeza la enorme sed de los campos. Y con cierto gozo infantil me señala las Plazas de Toros que vamos oteando desde el aire.  
—Como son los únicos edificios que no tienen techo... —aclara.  
Después charla sobre temas aereotaurinos: "Cuando hay viento en la Plaza, no manda uno, manda el viento. Y a los aeroplanos les pasa igual si les llega de cara."  
—La bolsa más grande que haya voy a pediría para mí —explica un peón que se ha mareado un poquillo.  
Los "bachats" producen tres "bajas" de esta clase. Tres rostros de color verdiamarillento susurran: "Por favor, no dé nombres, que "estaría muy feo".  
El maestro sonríe: ¡hombre, por fin!... Y de pronto

# CON MANOLETE EN EL AIRE

Por ALFREDO MARQUERIE



Manolete, el cuadrilla y don Ramón Herrera, en el avión, en el momento de despegar.

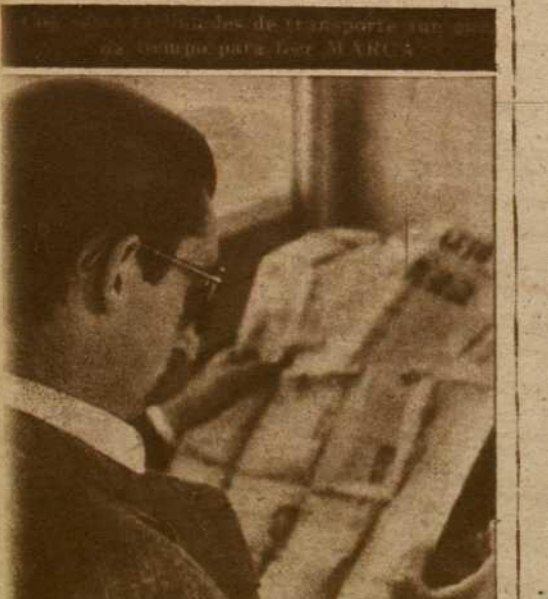
tomado tierra de un modo imprecable, justo y perfecto. Manolete expresa a los "ases" del aire su felicitación con estas palabras: "El amor que le habéis echado ustedes a esa media verónica... Eso es pasará: el aeródromo por la faja. Desde este instante hasta el momento en que empieza la corrida, Manolete es secuestrado por la amistad y la admiración de los aviadores, que esperan a "su nuevo compañero". Nada de hoteles. Allí, en el aeródromo, se afeita y viste el traje de luces. Y nosotros gozamos de esa cortesía hidalguísima de los caballeros del aire y de esa sano humor de la gran familia heroica bajo todos los cielos. Esperan los coches. Van a sonar las seis de la tarde. Manuel Rodríguez, Manolete, de azul y oro, acompañado de su cuadrilla, hace el pasillo por el jardín del aeropuerto de Alicante antes de encaminarse a la Plaza. Y las hélices de los aparatos posados en el suelo sienten deseos de empezar a girar como si aplaudieran. Lo hace por ellos, y de verdad, el erajambre de chiquillos y de curules que ovaciona al fenómeno, camino del coso, entre nubes de polvo y gozo de domingo con corrida. Visto y no visto. Manolete está en el ruido. Doce mil espectadores le aplauden. El maestro, cortés, saca a saludar a este... ¿Cómo se llama?... ¡Ah, sí, es: nuevo que banderilla: muy bien!... ¡Ar, uzal, y a Pepe Martín Vázquez, que de veras promets mucho. Pero de pronto el público se enfada, porque a un toro le han puesto una puya —la primera— en todo lo alto. ¿Dónde iban a ponerla?... Y eso enfado es causa de que la corrida transcurre de un modo raro, a pesar de que Manolete luce en su primero todo su mejor repertorio y mata eclosalmente; y a su segundo —descompuesto y difícil— le ahorra la cabeza y le hace una de las farnas más inteligentes de lidiador que hemos visto desde hace mucho tiempo. Anotamos como curiosidad la gracia de las curmas adornadas, que sirven de "botas" a los "mor nos" levantinos; la destreza de los hombres del escobón, que en un santiamén arreglan el piso de la Plaza; los adornos de barrocos espiguillos que lucen en sus atalajes las mulillas. En un palco, y con un mareador movable, dan cuenta del resultado del partido de fútbol España-Portugal... Pero como nosotros no somos, en realidad, espectadores de la corrida, sino pasajeros del avión d' Manolete, volvemos al aeródromo de Alicante, a tiempo de recibir al maestro, que llega vestido aún con su traje de luces y a la hora-tope para despegar. Y con su terno de azul y oro sube al "Junker". Y allí se quita la bordada chaququilla y se pone una gabardina, bajo la que asoman las rosadas medias. Parece ahora uno de esos acróbatas circenses cuando salen a la pista a probar la tensión de los cables

# Almuerzo en Burgos, comida en Alicante y cena en Madrid

nos hiere dulcemente en los ojos el deslumbramiento azul del horizonte. Es el mar de Alicante. Abajo, la ciudad torosa, los anillos concéntricos de la Plaza, donde hay ya algunos hornigueros expectadores; la bienvenida verde de las manos de las palmeras. Y estalla una ovación en honor de los pilotos, porque hemos tomado tierra de un modo imprecable, justo y perfecto. Manolete expresa a los "ases" del aire su felicitación con estas palabras: "El amor que le habéis echado ustedes a esa media verónica... Eso es pasará: el aeródromo por la faja. Desde este instante hasta el momento en que empieza la corrida, Manolete es secuestrado por la amistad y la admiración de los aviadores, que esperan a "su nuevo compañero". Nada de hoteles. Allí, en el aeródromo, se afeita y viste el traje de luces. Y nosotros gozamos de esa cortesía hidalguísima de los caballeros del aire y de esa sano humor de la gran familia heroica bajo todos los cielos. Esperan los coches. Van a sonar las seis de la tarde. Manuel Rodríguez, Manolete, de azul y oro, acompañado de su cuadrilla, hace el pasillo por el jardín del aeropuerto de Alicante antes de encaminarse a la Plaza. Y las hélices de los aparatos posados en el suelo sienten deseos de empezar a girar como si aplaudieran. Lo hace por ellos, y de verdad, el erajambre de chiquillos y de curules que ovaciona al fenómeno, camino del coso, entre nubes de polvo y gozo de domingo con corrida. Visto y no visto. Manolete está en el ruido. Doce mil espectadores le aplauden. El maestro, cortés, saca a saludar a este... ¿Cómo se llama?... ¡Ah, sí, es: nuevo que banderilla: muy bien!... ¡Ar, uzal, y a Pepe Martín Vázquez, que de veras promets mucho. Pero de pronto el público se enfada, porque a un toro le han puesto una puya —la primera— en todo lo alto. ¿Dónde iban a ponerla?... Y eso enfado es causa de que la corrida transcurre de un modo raro, a pesar de que Manolete luce en su primero todo su mejor repertorio y mata eclosalmente; y a su segundo —descompuesto y difícil— le ahorra la cabeza y le hace una de las farnas más inteligentes de lidiador que hemos visto desde hace mucho tiempo. Anotamos como curiosidad la gracia de las curmas adornadas, que sirven de "botas" a los "mor nos" levantinos; la destreza de los hombres del escobón, que en un santiamén arreglan el piso de la Plaza; los adornos de barrocos espiguillos que lucen en sus atalajes las mulillas. En un palco, y con un mareador movable, dan cuenta del resultado del partido de fútbol España-Portugal... Pero como nosotros no somos, en realidad, espectadores de la corrida, sino pasajeros del avión d' Manolete, volvemos al aeródromo de Alicante, a tiempo de recibir al maestro, que llega vestido aún con su traje de luces y a la hora-tope para despegar. Y con su terno de azul y oro sube al "Junker". Y allí se quita la bordada chaququilla y se pone una gabardina, bajo la que asoman las rosadas medias. Parece ahora uno de esos acróbatas circenses cuando salen a la pista a probar la tensión de los cables

de los aparatos. Todos estamos en nuestros asientos. Giran las hélices. Zumban los motores. ¿Por qué no despegamos?... Es que se ha quedado olvidado en tierra un par de zapatos. Y de pronto nos damos cuenta de que falta también el banderillero David, hombre sin prisa, como los miembros de las cuadrillas de otro tiempo. Al fin, los zapatos y David pasan al interior del avión. Arrancamos. Tomamos altura. El maestro suspira: "¡Qué difícil de entender es el público! Hice todo lo que pude. Incluso ejecuté, intencionadamente, cierta faena, para comprobar algo que me interesaba...".  
—Y ¿qué?...  
Manolete se encierra, tras un gesto de enigma. Y después sentencia: "Lo importante es sustraerse a toda influencia. Pensar que en la Plaza no hay más problema que el de darle al toro la lidia con el mayor valor y la mayor precisión posible. Tener conciencia y noción de la responsabilidad...".  
Ahora, con su cara llena de cicatrices —como la de los esgrimidores de ciertas Universidades extranjeras—, parece un joven profesor que dogmatiza a bordo de un aparato, cargado de erudición taurina...  
Cambiamos el tema: "¿Te comprarás un avión para ir de Plaza en Plaza?"  
—Puede ser.  
Los aviadores intervienen en la conversación: "¿Dónde hay un coso taurino hay un campo de aterrizaje. Fíjarse ustedes —explica el fenómeno—. En veinticuatro horas hemos batido todas las marcas. Toréé ayer, sábado, por la tarde, en La Coruña; cené en Lugo; fui en automóvil y pretendí dormir, y desayuné en León; vine en avión y almorcé en Barajas; tomé café y toréé en Alicante, y ahora llegamos a Madrid a tiempo para torear en una nocturna si hace falta."  
Esto ultimo lo dice contemplando su taleguilla, sus zapatillas y sus m dias, su medio traje de luces.  
Y todo eso es verdad. Porque a las nueve y media de la noche se repite, en el interior del "Junker", ovación a los pilotos, a causa del aterrizaje perfecto entre el polígono de las luces de posición de Barajas. Y no sé quién, David, Pinturas o Cantimplas, pone el colofón terminante: "¡Hemos "venido" superior!"

*Todo está lleno de poético lirismo aereotaurino: Luz del domingo de mayo en el limpio azul del cielo. Las alas del avión brillan como un traje de torero...*



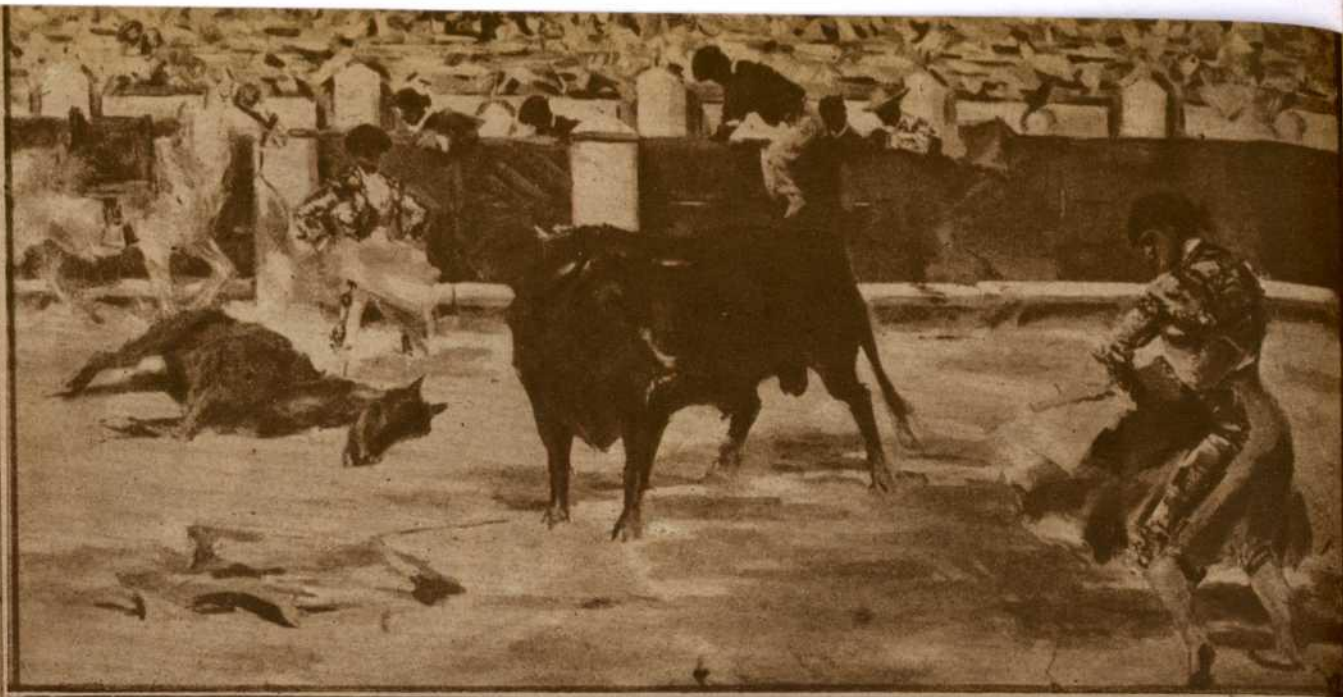
Manolete, que ha ido a hacer el almuerzo en el aire, posa en plena conversación con los corrales.

# EL ARTE Y LOS TOROS

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

CUANDO en cita de artistas y de escuelas han ido asomándose al comentario y crítica semanal desde los pintores de finales del siglo XVIII a los contemporáneos, pasando por el naturalismo del período romántico que abarca más de la mitad del XIX —yo diría que el siglo XIX entero—, y más concretamente hablando, desde Goya a los pintores que vieron la luz de la vida y del arte en las postrimerías de la pasada e inmediata centuria, siéntese un profundo júbilo cuando nos encontramos con un pintor que, nacido e incubado su arte en este siglo, viene a prestigiar la temática taurina al recoger, sintetizándolas, todas las buenas maneras y estilos de las mejores y más acabadas escuelas precedentes. Porque sería pueril pretender que el arte a estas alturas, los pintores en sí, quisieran independizarse, sentirse desligados de la obra anterior, de la tarea creadora de los que les precedieron, que es al fin y al cabo la raíz generadora de todos los estilos y escuelas que puedan sucederse. Que así como en la vida todo ser humano no puede sustraerse a la influencia atávica, a la línea genealógica ascendente, a las herencias psicológicas y temperamentales, cuando no físicas, el arte, cuando éste es floración y no espontánea y dislocada muestra de un snobismo precipitado, tiene también sus influencias más o menos manifiestas, transformadas o adaptadas al tiempo y al carácter del artista, que no

hace sino seguir las huellas, con lógicas variantes, hacia las que le impulsara su concepto personal del arte y sus inclinaciones admirativas o devotas. Tal aconteció con ese joven y meritorio dibujante y pintor, captador de toda escena bella, que se llama Antonio Casero. Artista que una constante, fecunda y metódica labor ha ido depurando su obra hasta lograr con ese aprendizaje el perfeccionamiento de un estilo y el dominio absoluto de una técnica que sólo poseen los grandes maestros. Dijérase, y no nos equivocamos al afirmarlo, que Casero cogió para sí aquel estilo que parecía privativo de aquellos pintores, puente entre el siglo XVIII y XIX; aquel impresionismo crudo y desahogado, estridente y atractivo que recogió las escenas de la calle, la estampa popular, aunque lo popular muchas veces tenga en su trágica visión una mayor y más sugestiva belleza. Casero se hizo esclavo de un impresionismo de aguafuerte, de esa pintura de tipos y costumbres que tanto entusiasmaron a la imaginación calenturienta de Goya y de sus con-



“... y se hizo el amo”. Oleo de Antonio Casero, en el que se aprecia la fuerza del trazo y la agilidad de línea

## Del impresionismo a la pintura taurina de ANTONIO CASERO

tinuadores Lucas y Aienza.

Porque Antonio Casero no es el dibujante amanerado de ilustración al estilo del 900; no es el pintor efisicista cuidador del innecesario detalle en un falso efectismo, porque la fuente en que sació su sed artística tenía cierta corriente impresionista que dió a sus dibujos y pinturas, a sus aguafuertes meritorios, todo un estilo peculiar y una modalidad creativa como sólo él sabe hacerlo.

Y como los toros tienen en todas y cada una de sus fases el más hondo motivo impresionista y sobrecogedor, los toros tenían que entusiasmarle como a otros muchos y casi por entero se dedicó a ellos. Y el impresionismo rápido y periodístico, el apunte o esbozo, fué transformándose en algo más duradero y acabado, en una obra más perfecta, que si exigía una mayor atención, tenía también un mayor interés, importancia y mérito artístico. Y del dibujo pasó al aguafuerte, y del aguafuerte al color, como si las raíces reverdecidas de un arte llamado a mayores posibilidades hubiera roto en el fruto maduro de una pintura cuajada en las más acabadas enseñanzas. Que eso es la pintura taurina de Antonio Casero: flor y fruto de un mismo árbol, que aun ha de darnos, en su plétora creativa, grandes y escogidas cosechas.

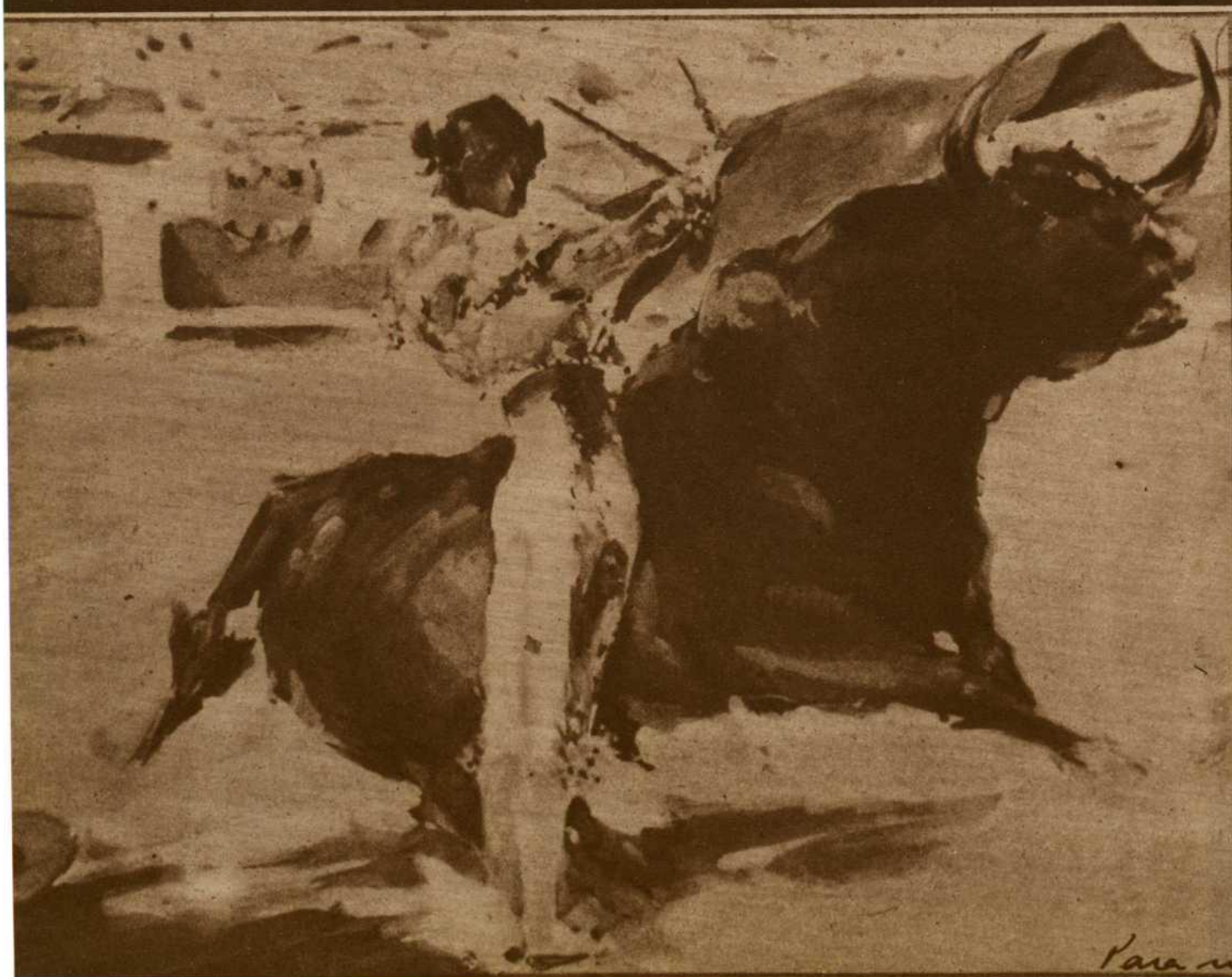
¿Analogía de su pintura con la de otros maestros? Negar devotas inclinaciones admirativas sería tanto como considerar a Antonio Casero carente del influjo atractivo de los grandes maestros del arte pictórico contemporáneo, divorciado con los cánones del buen pintar; pero Casero, que hace su pintura, va más lejos.

El concibe la emoción por la emoción misma; no se deja seducir por el impresionismo plástico o estético, sino que va en busca de la emoción allí donde ha de encontrarse, y claro se ve que al querer buscar lo impresionable, se retrotrae al siglo XVIII, en cuyas enseñanzas queda prendido, porque la hondura de la tesis filosófica que encierra le habla más a todas sus más íntimas devociones.

Su pintura es sobria, con esa sobriedad que caracteriza un temperamento inquieto, un nervosismo creativo, natural en quien siente ampliamente las ansias concepcionistas.

Amante de nuestra fiesta nacional, español y castizo, conocedor por buen aficionado del arte de torear, sus apuntes saben recoger con exactitud el lance que, trasplantado al lienzo, hace de su pintura una obra por todos conceptos interesante.

“Con los pies juntos”. Otro cuadro de Antonio Casero, pleno de gracia torera y de brío y de colorido



Para...

# LEANDRO NAVARRO

**lleva veinte años de espectador, pero cree que aun no entiende nada de toros**

**La faena dictada por un mozo de estoques**



**L**EANDRO Navarro, el aplaudido autor, que tantos éxitos alcanzó cuando formaba parte de la razón social «Torrado-Navarro» y que, una vez disuelta la colaboración, tantos ha obtenido por su propia y exclusiva cuenta, es ese rostro popular a quien todos vemos los días de corrida sentado en su entrada de barrera y fumando un puro. Veinte años de espectador asiduo en la Plaza lleva Leandro Navarro. Pero no presume por ello. El, con lo único que se da importancia y se envanece más que con los triunfos alcanzados en la escena, es con su título del abuelo más joven de España. En efecto, a una edad en que muchos todavía no han podido encontrar su media naranja, Leandro Navarro goza ya de esa cosa inefable que es tener nietos. Un día de mañana, Leandro Navarro aparecerá en los periódicos como el tatarabuelo más jovial. Pero... vamos a hablar de toros, que es para lo que nos hemos reunido con él.

## YO NO SE NADA DE TOROS

—Mire usted, siento que me haya escogido a mí para su serie de entrevistas, porque creo que no estoy indicado. Yo no sé nada de toros, aunque lleve veinte años de aficionado constante. Es muy difícil entender de toros, sobre todo viéndolos desde el tendido. Desde luego, estoy convencido de que en el ruedo se ven las cosas de muy distinta manera.

—¿Cómo ha llegado a ese convencimiento?

—Yo me fijo mucho en los astados cuando salen por los chiqueros. Los observo, procurando averiguar sus defectos e imaginándome la mejor lidia para corregirlos. Bueno, pues luego resulta que al toro que yo había juzgado peligroso por el lado derecho, pongamos por caso, va un novillero sin cartel y le hace tomar la capa por ese lado precisamente... Por eso le digo que en la arena se deben ver cosas que desde el tendido no podemos adivinar. Cualquiera diestro, el más innominado, por el simple hecho de haber despachado unos cuantos cornúpetas, sabe más, quizá, que todos los espectadores juntos y que todos los teóricos del toreo.

—¿Sabía maestra la experiencia?

—No lo sabe usted bien. Hace poco, en una corrida celebrada en Madrid, un matador, cuyo nombre no hace al caso, hizo una buena faena de muleta a un toro poco fácil. El público le aplaudió mucho y le obligó a dar la vuelta al ruedo, aunque lo justo hubiera sido que el éxito lo hubiera compartido con su mozo de estoques.

—¿Por qué?

—Porque este mozo de espadas, que lo fué durante muchos años de una de las más grandes figuras del toreo de todos los tiempos, le dictó la faena pase a pase y el matador no hizo sino obedecerle fielmente, seguro de que su mozo conocía al toro mejor que el toro mismo. Por eso le digo... Es muy difícil opinar. A lo mejor nadie sabe nada de la barrera para arriba. Los que saben son los toreros y los mozos de estoques, que en casi todos los casos han sido toreros también. Yo creo que una de las mejores figuras que tenemos es Gallito. Para mí, este muchacho tiene una enorme voluntad, y contra lo que se dice por ahí, creo que no tiene más miedo que el que puedan tener los demás. Yo le he visto hacer una faena monstruosa y salir prendido. Lo que pasa es que no ha tenido suerte. Y de Pepe Luis, ¿qué me dice usted?

—Nada. Le toca a usted. Yo me limito a oír y contar.

—Pepe Luis tiene un conocimiento de los toros que dado haya quien le iguale. Además, al torero hay que medirle en lo físico, en la medida de sus facultades. Por ejemplo, Arruza es un torero de grandes facultades y yo le he visto en las corridas falleras hacer una faena que parecía insuperable. Después venía Pepin Martín

Vázquez. Un toro grande para un torero pequeño. Para un torero con toda la gracia sevillana. Triunfó en toda la línea, con un triunfo tanto más meritorio cuanto que en la Plaza cuenta mucho la teoría de la relatividad.

—Comprendo. Hay que tener en cuenta quién torea, cómo torea y cómo es lo que torea.

## BELMONTE SUPLIA SU FALTA DE FACULTADES CON VALOR

—Claro. Por eso Belmonte fué tan grande. Belmonte tenía pocas facultades físicas. Las suplía con su valor, pisando un terreno que nadie se había atrevido a pisar jamás. Yo le vi muchas de sus grandes faenas. A él y a Joselito, el coboso, cuya gracia, facilidad y estilo son inolvidables. Siempre me acordaré de aquella corrida, en Madrid, en que mató seis toros y uno de regalo. Al hijo de Belmonte le he visto faenas que no hubiera superado el propio Juan en sus buenos tiempos, y, sin embargo, no me han producido tanta emoción.

—¿Alguna causa habrá.

—Y muy sencilla. Porque en el padre, aquello era adelanto, anticipación, lo nunca visto... También me acuerdo de una despedida de Limeño en una tarde en que El Gallo, Rafael, derrochó el salero hasta lo inconcebible y me dejó un buen sabor que aun me dura. Modernamente, se han quedado impresos en mi memoria los pases cambiados de Antoñito Bienvenida, aquella corrida en la Monumental, con Manolete, el Estudiante y Pepe Luis...

—Pero... ¿No damos un salto demasiado grande?

—Tiene usted razón. No hay que olvidar a Marcial, con su asombroso conocimiento del toro; ni hay que olvidar al maestro Ortega, que tanta personalidad ha sabido imprimir a su toreo. No hay que olvidar a nadie, y yo podría hablarle de la habilidad y precisión de Vicente Barrera y de tantos otros. Pero entonces tendríamos charla para ocho días.

—En ese caso, vamos a abreviar.

## MANOLETE, LA FIGURA CUMBRE

—Manolete es la figura cumbre y merece serlo, aunque, si he de serle sincero, yo siento el deseo de que se retire ya.



—¿Hombre!

—Sí. Una retirada en el momento más glorioso. ¿Hay nada más bello? Entonces, los idolos quedan como semidioses. Los que no se retiran a tiempo, los periódicos, cuando mueren, publican su retrato en tamaño pequeño. Y no hace falta referirse exclusivamente a los toreros...

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—Estuve una vez a punto. Fué en Zaragoza. Había unos becerros que iban a matar al día siguiente unas señoritas toreras. Soltaron uno; pero cuando le vi en el redondel, me pareció muy grande y no salió. ¡Cómo aumenta el tamaño a medida que se acorta la distancia!

—Pues ahora la gente parece que se queja precisamente de que el tamaño de los toros no es el natural.

—Yo creo que los públicos se preocupan demasiado del tamaño. Igual se pueda estar bien o mal con un toro grande que con uno chico.

## LA VOLUBILIDAD DE LOS PUBLICOS

—Y su afición de veinte años, ¿no ha decaído nunca?

—Una vez estuvo a punto. Fué no hace mucho. Había presenciado siete u ocho festejos bastante a burridos y tomé la determinación de no ir a la próxima corrida y quedarme en el café. Pero entró Torrado con un clavel, con el rostro hinchado de satisfacción porque iba a los toros. Entró Sassone con un puro, lleno de alegría porque iba a los toros. Fueron entrando otros amigos rebosantes de felicidad. ¡A los toros! ¡Iban a los toros! ¿Y yo me iba a quedar en el café? ¡A los toros, también! Era ya la hora y me fui hacia la Plaza. No quedaban localidades. Me metí en un bar y le dije al camarero que me sirviera si no habría modo de encontrar una localidad. El camarero me dijo que sí, que casualmente el señor de la mesa de al lado quería desprenderse de una localidad y ¡a su precio! Bendije mi suerte y cuando fui a pagarle me encontré con que me había dejado la cartera en casa. Le dije quién era al camarero y éste me anticipó el dinero, que luego le devolví con una pequeña gratificación. Ya en la Plaza, Sassone me tuvo que pagar la almohadilla. ¡Qué tarde! Era aquella corrida de El Estudiante, Manolete y Pepe Luis. ¡Si me llevo a quedar en el café, no me lo hubiera perdonado nunca!



# Ahora hace veintitrés años...

Le mató el toro «Pocapena», de Veragua, y la corrida correspondía a la 4.ª de abono



Cartel de la corrida en que encontró la muerte el infortunado Granero



Manolo Granero, asomado a la ventanilla del tren, da se alegre simpatía a la cámara



El torero valenciano retratado en el despacho de su casa

ERA la cuarta de abono. El cartel fué tres toros de Albaserrada y tres de Veragua. Completaban la terna Juan Luis de la Rosa y Marcial Lalanda, que confirmaba la alternativa. A su primer toro, segundo de la tarde, de Albaserrada, lo toreó superiormente con el capote, siendo ovacionado. Con la muleta se hizo aplaudir al instrumentar aquellos sus primorosos y dominadores muletazos, despachándolo prontamente y obligándole el público, con sus aclamaciones, a dar la vuelta al ruedo, en medio de los unánimes aplausos.

En quinto lugar se lidió Pocapena, de Veragua, cárdeno entrepelao, astifino y burriciego. Querencioso y mansurrón, gaseaba hacia las tablas. Se vencía por el lado derecho, achuchando siempre, en sus embestidas, en los terrenos de adentro.

Finezas —su fiel mozo de estoques— ya le advirtió de la querencia y peligrosidad del «morlaco». Granero atendió el consejo —sabio e inteligente— que Finezas vertía entre barreras; pero...

En la mente del torero bullía la idea de la oreja, que había de llevar a la hija de su amigo. Su amor propio, su anhelo de triunfo, su afán de dominar al Veragua —manso, difícil y refugiado en los terrenos del 2— pudieron más que nada.

Y allí se fué Granero con la franela en la mano. A fuerza de consentirle intentó corregir la querencia. Pocapena le empujó por el muslo, suspendiéndole en el aire algunos segundos. Cayó junto al estribo y contra él le tiró varios derrotes. El quite de su gran peón de confianza, el también valenciano Blanquet, y el de sus compañeros, no pudieron impedir que la desgracia se consumase. Su cráneo quedó destrozado, y cuando entró en la enfermería, en brazos de las asistencias, Manolo Granero era ya casi cadáver. En estado preagónico, sólo pudo sobrevivir unos instantes. La herida era mortal de necesidad y la ciencia era impotente para salvarla.

Allí quedó Manolo, rodeado de sus íntimos y del personal de su cuadrilla: Barana, Alpargaterito, Blanquet, Finezas... Su cuerpo inerte, caliente aún, fué humedecido por las lágrimas de sus compañeros y amigos. Unos minutos antes, Granero correspondía al favor y el cariño del público que le aplaudía con aquella sonrisa eterna que era el mejor símbolo de su rostro. Y aquella sonrisa, cuando la muerte se lo había llevado ya en sus negras alas, parecía asomar otra vez a las comisuras de sus labios.

Más de cien kilos de flor natural, arrancada de su tallo en los albores de una mañana de mayo, sirvieron de lecho en el vagón que Manolo Granero ocupaba al llegar a Valencia.

\*\*\*

Finezas le vistió de torero una víspera del Corpus para actuar en una nocturna. La chaquetilla le venía grande, y las «ballenas» de un «corsé» sirvieron para disimular el desajuste corporal a la prenda. Desde aquella noche, hasta el 7 de mayo de 1922, le acompañó en todas sus actuaciones, y juntos saborearon las malas tardes y los días de triunfo.

El me ha contado, con su charla amena, repleta de anécdotas, y con ese gracejo en el ademán, tan suyo, lo que hay de verdad sobre el famoso «pase de la firma», cuya creación se debe a Manolo Granero.

—El verdadero «pase de la firma»



El cadáver del infortunado diestro en un paso por las calles de Valencia

# El 7 de mayo de 1922 murió MANOLO GRANERO en Madrid

Con el infortunado diestro valenciano alternaban aquella tarde Juan Luis de la Rosa y Marcial Lalanda

sólo lo dió Granero dos veces, y a un mismo toro de Villamarta, en la Plaza de Bilbao, el 15 de mayo de 1921. ¡La temporada de sus éxitos! Inició Manolo un derechazo, y antes de rematarlo, el toro, que era iucierito, se revolvió rápido. Entonces, con gran serenidad y aplomo, giró la muñeca y ligó un pase por bajo. Repitió el muletazo con la derecha, y otra vez hubo de vaciarse el toro en un pase por bajo. Y, al insistir por tercera vez, resultó cogido y volteado.

El fotógrafo bilbaíno Amado pudo captar con su máquina aquel primer muletazo, y desde entonces se le llamó «pase de la firma», por la trayectoria seguida por la muleta, muy parecida a una rúbrica. Y ya no volvió a ejecutarlo más. Esto puede asegurarlo. Como también que no se lo he visto hacer a ningún torero después de aquella tarde.

\*\*\*

Un mes antes, el 4 de abril de 1922, había cumplido Granero los veinte años. De la época de Chicuelo, Eladio Amorós, Juan Luis de la Rosa, Varelito, comenzó a torear becerradas en el año de 1917.

En 1918 y 1919 Granero sufre los reveses de la suerte y está a punto de abandonar su profesión. Sus compañeros de aprendizaje —Chicuelo y La Rosa— se doctoran en 1919, y Granero quedó rezagado. La sexta actuación como novillero, en 1920, en Santander,



En una tarde de éxito, Granero saluda al público y da la vuelta al ruedo

le hizo despertar de su letargo al alcanzar un gran éxito en su carrera. Y el 29 de junio del mismo año se presentó en Madrid junto a Valencia II y Carralafuente. Treinta y una novilladas llevaba hechas con éxito, y el 28 de septiembre recibía de manos de Rafael, el Gallo, el doctorado en Sevilla. El mismo día hacía un año que La Rosa y Chicuelo habían recibido la alternativa. Y aun toreó Granero ocho corridas de toros antes de finalizar la temporada del 20. El 22 de abril de 1921 —su mejor temporada— confirmó la alternativa en la Plaza madrileña, con unánime beneplácito de su entonces sana afición.

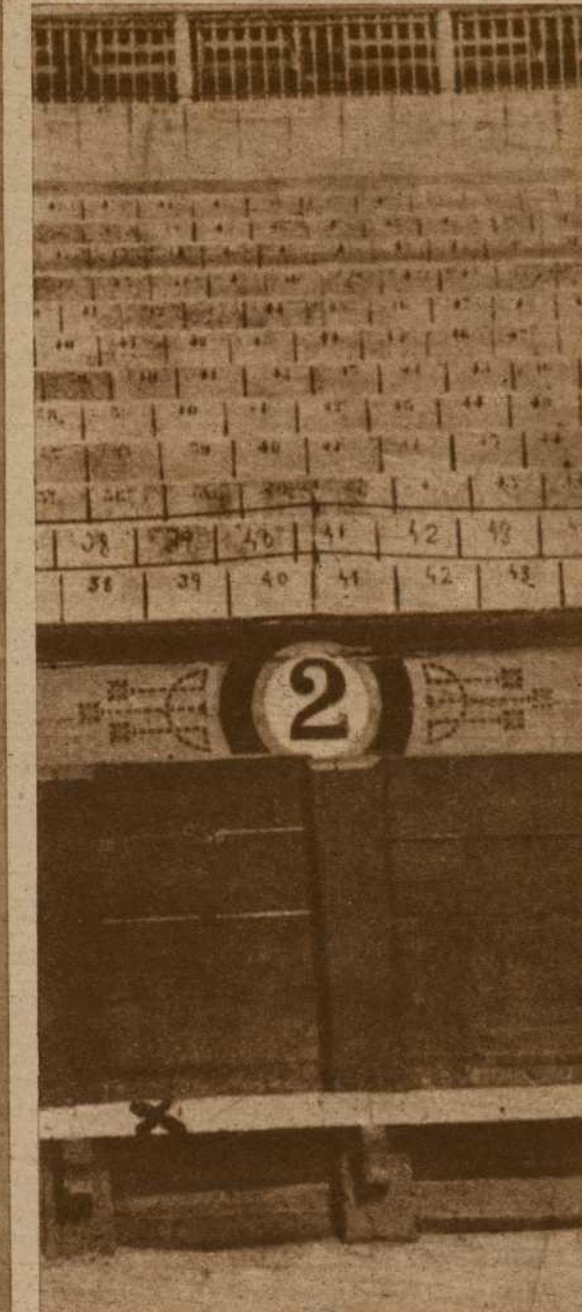
Ningún torero de aquella época consiguió interesar tanto a la afición como él en aquel año de 1921, víspera del de su muerte. Desde el 23 de enero, en Málaga, hasta el 13 de noviembre, en Valencia, Granero actuó en noventa y cuatro corridas, estoqueando ciento noventa y tres toros. Y aun perdió cerca de veinte por sus percances en Madrid, Bilbao y Valencia.

Era 1922; apenas iniciada la temporada, actuó en doce corridas y dos festivales. La de Madrid, en mayo, era la trece.

La muerte le sorprendió cuando pensaba dar un concierto de violín ante Sus Majestades en el Palacio.

Ya se había encargado el traje de etiqueta para tal solemnidad, que habría de servirle para rendir culto a su más arraigada afición, ante tan distinguido auditorio, en contraste con su arriesgada profesión y en contraste también con aquellos conciertos íntimos que, para solaz y esparcimiento de una niña impedida —inmóvil en un viejo sillón—, ejecutaba en su presencia, arrancando para él, de su violín, la inspiración de un arte —único— que ofrendó a los públicos..., hasta aquella tarde aciaga del 7 de mayo en Madrid.

HERNANDEZ PERPINA



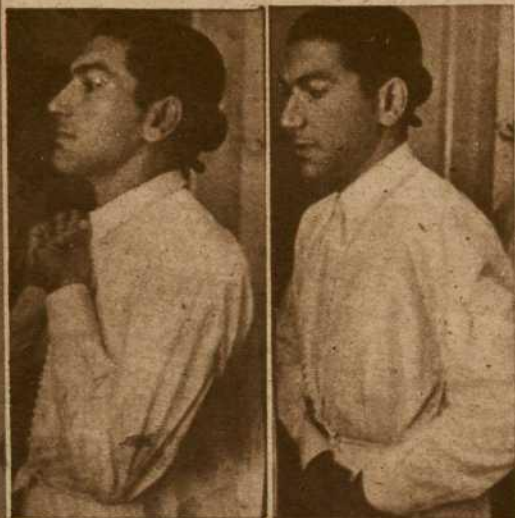
Tendido del 2, en donde el toro infirió a Granero la mortal cornada



El torero valenciano toreando como él sabía hacerlo

**EN LA CORUÑA**

**El primer traje de luces de Gitanillo de Triana a su regreso a España**



El gitano se abre-cha la camisa

¡A ponerse la taleguilla!



Y ahora la chaquetilla, ayudado por el mozo de estoques



Y ya está Gitanillo en disposición de salir para la Plaza (Fotos Mari.)

**CARTA ABIERTA PARA F. N. G.**

**LOS GARROCHISTAS**

Por JOSE CARLOS DE LUNA

**C**ONFESEMOS que las entrevistas —y no me refiero a la que hace usted en el pasado número de EL RUEDO a don Joaquín Murube—, de manera general, no transcriben fielmente lo que dice, o quiere decir, el interrogado. Es lógico que así suceda; en una conversación que no se toma taquígráficamente porque no se la supone trascendental, nada tiene de extraño que se confundan apreciaciones y dichos que se desgranaron sin determinados alcances, aparentándose luego, cuando en letras de molde se leen escuetos y sin la hojarasca que no cabría en los límites de la composición tipográfica. La buena fe de interrogadores y preguntados puede colocar a éstos en pequeños tranques de ridícula evidencia.

Transcribe F. N. G. la extrañeza de don Joaquín Murube ante mis declaraciones en un artículo publicado en esta Revista. No fueron declaraciones firmadas por mí, sino tergiversadas inocentemente por el interrogador, que interpretó mal mi declarada afición de muchacho, ¡y ya paso del medio siglo!, a la garrocha, tomando la confesión de mis pinitos con ella por automarchamo de garrochista, soldadito con la declarada amistad que me llegó a muchos buenos ganaderos.

Cuando leí la entrevista, confieso que me arreboltó. Y no pudo sospechar entonces, ni tampoco lo pensó mi amigo y compañero Martínez Gandía, que el señor Murube, que no es mío ni una cosa ni otra, tomara el rábano por las hojas con empeño de evidenciarme.

A todos los que nombra el señor Murube como garrochistas consumadas, y a otros que se le hurtaron de la memoria, los conozco y los admiré cuando ya estaba yo lejos de aquellos años mozos en que corrí en campo abierto, fuera del ritual de tendaderos y de la respetable férula del señor Murube.

Si se quiere llamar garrochista al que abraza una garrocha para algo más que retratarse con ella en ristre, tendré que mantenerme el calificativo que también me cuadró; pero si garrochista se llama solamente —y me parece bien— al que hace culto del acoso y derribo, ni que decir tiene que tal supuesto en mí sea una revelación para el señor Murube, que ha contrastado su ironía concienzudamente para no llamarse a engaño.

Muchacho aún, me apartaron del campo andaluz los libros y otras aficiones, y cuando el trasiego de la vida me devolvió a las anchas vegas luminosas, ya estaba más para acosar quimeras que becerros. La ocasión proporcionó a don Joaquín Murube ininterrumpida oportunidad para dedicar al palo todo su tiempo, todos sus entusiasmos y todos sus fervores, lo que no debe impedir al gran sacerdote aceptar la existencia de neófitos pretéritos que escaparon a sus pesquisas, aunque el azar y cosas que no vienen al caso nos dejaron en catecúmenos. Vamos, inéditos para la lista grande.

No vale la pena ocuparse de estas minucias personalistas que a nadie importan; pero quede a salvo que ni me autocalifiqué, ni aspiré a colarme de rondón en el catálogo murubense, ni se me importa un bledo que escaparan a bienintencionadas pesquisas actuaciones que no pasaron de testarujas cortijeras más o menos afortunadas, aunque pueda reconocerse la afición en las privadas iniciativas.



Un momento en que los garrochistas persiguen a la becerria

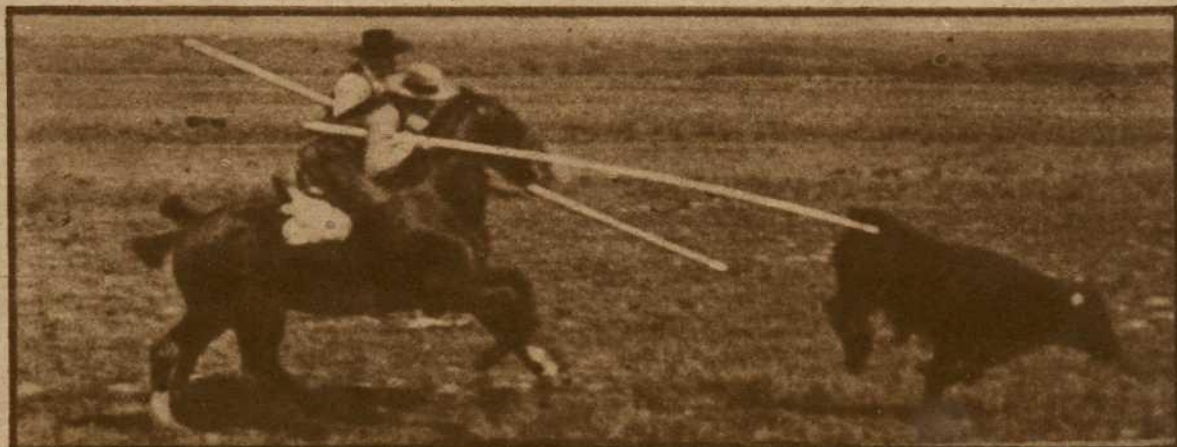
Y vamos a lo de Joselito, que merece contestarse con más sos.

No mantuve sino lo que el propio José afirmaba, quizá modestamente, juzgándose a sí propio. Y de su boca, el que "daría todo lo que como torero era por ser el mejor garrochista". Señal, digo yo, que lo superaban otros; y, desde luego, en aquella ocasión en "Las Lomas" quedó muy por debajo de Luis Mora-Figueroa; que derribaba todo lo que le hubieran por delante. No critiqué su estilo. José fue buen jinete y enamorado del acoso; tuvo los mejores caballos para el menester de derribar, porque, ministro de la Fortuna —¡entonces!—, lo fue también de los ganaderos; pero abundando en el criterio de muchos, creo que no llegó al nivel de los grandes garrochistas de su tiempo ni lució como otros compañeros de profesión torero aficionados al acoso. Hablo de Juan Belmonte y de Pepe el Albahico (q. e. p. d.). Discrepar de la opinión del señor Murube no lo creo torzada impudencia, y convergo con todos en la habilidad y elegancia que tenían que lucir en el que, en lances de agilidad y amor propio, fué artista habilísimo y consumado.

En fin, señor Murube, que aplaudo sus investigaciones y las deseo de más enjundia siquiera en lo que atañe a esta fiesta, que se va por la posta de espectacularidad exagerada. Y conste que no yerro asegurando que no vió mi nombre en ninguno de los archivos registrados por su curiosidad subjetiva. Pero piense que los diez o doce años que llevo —¡enhorabuena!— y haber pasado, ya en sus días, algún que otro gran escenario sólo como espectador y entre bastidores, si me veda presumir de dios, no me excluye del coro de aficionados pachuchos y fueras de nómina.

¡Ah! Y le agradezco la enseñanza que, sin quererlo, me mete en las alforjas: Si volviera a ser interrogado con miras a la pulcritud, puntualizaré con más cuidado y me guardaré muy mucho de declarar otras pequeñas habilidades que ornaron mi juventud, ya lejana. Por ejemplo: no diré que jugué de niño al fútbol, ni de muchacho al billar, ni al ajedrez: me expondría a investigaciones tan honradas y concienzudas como la de usted, evidenciando, a lo peor, ansias de que me clasificaran futbolista, carambolista, ajedrecista...

Absuélvanos bondadosamente a mí y al buen amigo y compañero que dió vueltas en su entrevista a lo que lisa y llanamente no fué sino el apuntamiento de una vanidad moceril que nunca soñó con las alharacas de la consagración en aras de una hinchada fantasía.



Alvaro Domecq alcanza a la becerria y la derriba



**ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS**

**MANOLO GRANERO, EN LA FERIA DE SEVILLA**

A un hace muy pocos días que Sevilla se adornaba con las galas de su Feria. Era casi ayer cuando las casetas se alineaban soltando al aire de abril el bullicio de su alegría y los matadores de toros vertían en el ambiente, con su presencia, las gotas de sabor y prestancia a este brillante cuadro de luminosas pinceladas.

Siempre ha sido así. Y aun hoy —época de toreros insospechados bajo su vestir a la inglesa—, en esos días incomparables, nuestros espadas, los que hoy dan sus nombres a la policromía de los carteles taurinos, se tercián su sombrero cordobés y hasta algunos ciñen los zajones y aprietan sus piernas sobre los múltiples caracoles de una jaca andaluza, que porta sobre sus ancas una bella mujer de mantoneillo fleecudo y falda de lunares afrolada.

Siempre ha sido así. Hoy y ayer, porque el aire lo da y lo pide. Porque allí los toreros se acuerdan más que nunca de su profesión y

la sienten tanto como pudo sentirla El Espartero, Curro Guillén o Paquirro, y gustan de verse entre el bullicioso trajín de la gente, que les señala con el dedo, atónito de emoción por encontrarse capaz de llegar hasta las espaldas del fenómeno y hasta de desearle una buena suerte para la tarde.

Hoy y ayer. Y si no ahí está la estampa de aquel torero que dejó las corcheas por la montera, el arco por la espada, sentado en un landó acompañado del doctor Serra, su tío, don Francisco Juliá y su banderillero de confianza, Blanquet. ¡Cómo había de ser! Manolito Granero, por cuyas venas corría con aire de verónica la sangre torera más torera que la que más, no podía faltar en la Feria en estos días, como tampoco podía quedar fuera de los carteles. Y con su aire inconfundible de matador de muchísimo tronío, el ancho ladeado, y el cuello abrochado sin sombra de corbata sobre la blanca pechera —como entonces—, suelta su sonrisa de vuelta al ruedo, mientras entre el parloteo de los suyos se deja llevar por el suave traqueteo del coche que ese auriga «tan puesto» y tan envarado conduce con marcada prestancia, orgulloso del honor que se le hace.

Va a dar una vuelta por la Feria, a prestarla su tono y a sentirse

en ella. A cobrar, no arrostos porque le sobran por demás, si no a «ponerse» con el aire caldeado y cañi que allí se respira. A centrarse entre aquel enorme sabor, para después, en la tarde de la Maestranza, poder ofrecerle a la Giralda, que se asoma siempre al ruedo, la preciosa orfebrería de sus faenas, llenas de talento, emoción y gracia.

Para eso da su paseillo anticipado entre el ir y venir sin cuento de la gente, dando a todos su sonrisa de hombre que sabe darlo todo, porque para eso es artista dos veces.

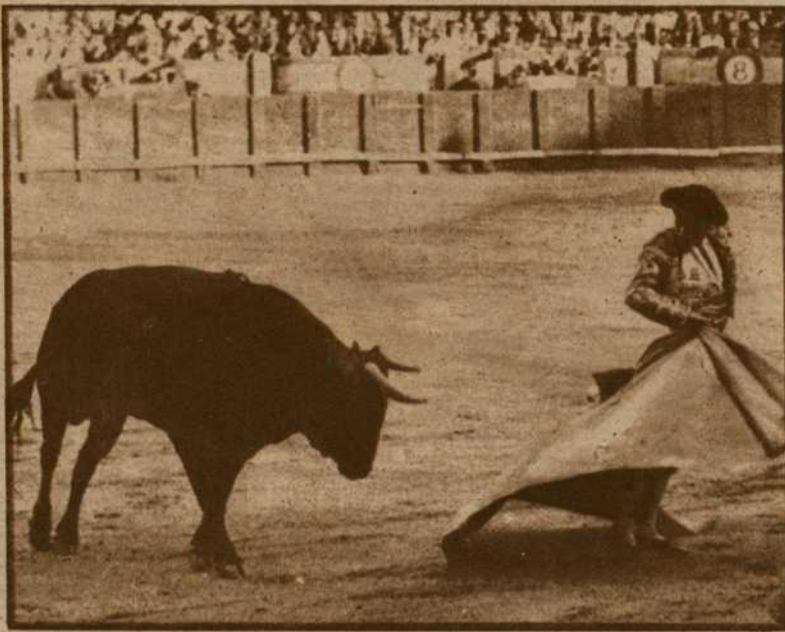
Pero él sabe que este baño de ambiente, dado al son del pimpante repiqueteo de los cascabeles que engalanan las jacas de su coche, ha de saturarle de ansias de excelcitud, de arrobo y de transiguration, que saldrán arrolladoras al primer toque de clarín en la serena tarde abrileña.



# ¿Se debe torear para el público?

Por FELIPE SASSONE

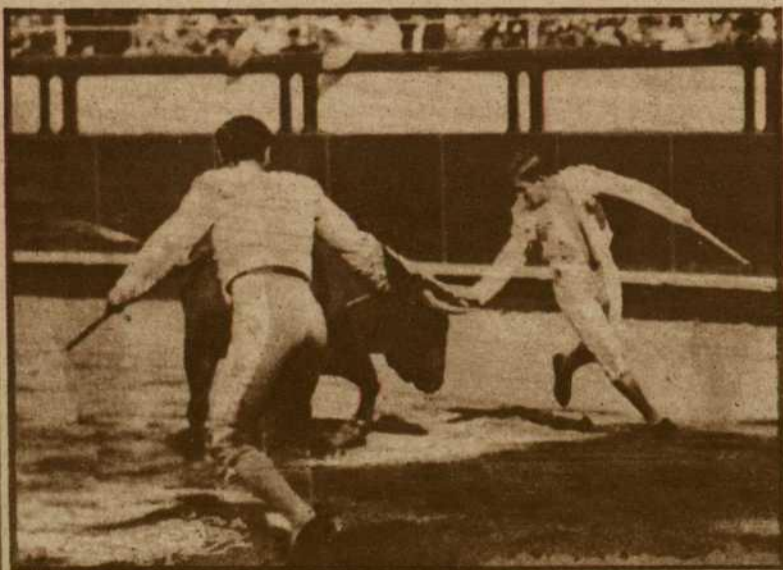
A l aficionado a toros inocente, no entendido en tauromaquia, pero muy lógico, le parecerá desde luego que sí, que puesto que la fiesta de toros es una fiesta para el público, al público hay que complacer. No lo entienden así, con lógica tan sencilla, algunos que presiden las corridas de toros y se erigen en jueces para conceder o negar orejas, sin tener en cuenta el voto de la asamblea, y al reglamento se aferran como una lapa, defendiendo a la Empresa contra el público cuando el público, por las malas condiciones de un toro, pide una sustitución que fuera fácil y bueno otorgar a la autoridad, para evitar el vecorio desagradable, y a la Empresa por un poquito de pudor. Pero volvamos técnicamente a nuestro pleito. ¿Se debe torear para el público? Se debe torear para el toro, digamos esto ante todo; se debe torear para el toro, que es la verdad fundamental, y cuando se torea para el toro se torea también para el público entendido. Pero, insistamos en la pregunta: ¿Se debe torear para todo el público?



Manolito Bienvenida rematando un quite con la gracia que en él era tan peculiar

Los picadores, los peones y banderilleros están al servicio del matador y han de torear siempre, siempre, exclusivamente para la conveniencia del matador. No quiere decir esto que el picador lancee en vez de picar y destroce al toro hiriéndole malamente, con lo cual no sirve a su jefe, que, por el contrario, le perjudica, pero sí quiero referirme al peón elegante, que torea bien a una mano y que a la salida del toro claro, noble y boyante, le empieza a torear por largas más de lo que es necesario, para ganar unos aplausos quitándole lanceos al matador. Cuando picadores, peones y banderilleros torear para su matador, claro está que torear para el toro. ¿Y el matador, no debe torear para el público, para complacer al público? Desde luego sí muchas veces; pero vamos a ver cómo y cuándo.

El matador, cuando coge las banderillas, se excede en sus obligaciones tan sólo por complacer al público. Dirán que es por lucirse, y así es la verdad; pero no lo es menos que ese lucimiento es con exceso de trabajo y con peligro, y, por consiguiente, supone un regalo al público. Pero el matador ha de procurar hacer un regalo valioso y por eso no ha de intentar nunca banderillar a un toro que no se preste a ejecutar la suerte con lucimiento y desahogo, o al que se vea en trance de dejar en malas condiciones para la suerte suprema, por tener que pasarse en falso y por lo que tarde en parar. En este caso, aunque le pida el público que banderillee, no deberá complacerle. Torea para todo el público el matador cuando se adorna en los quites y cuando en las faenas de muleta da sus pases estatuarios por alto, siempre por alto, e intercala molinetes, de rodillas o de pie; pases afarolados, que son eso precisamente, farol puro, y todas esas combinaciones de torear con los brazos a la espalda, con la muleta cogida como si fuera un capote, etc., etc., que son el relumbrón del verdadero toreo. Como todo ello no se hace sin riesgo, sin un relativo riesgo por lo menos, y el público se divierte, bien está torear para el público. Para el aficionado se torea con las manos abajo, tirando del toro, sin darle vueltas alrededor, y ello será siempre torear para el público, para lo más selecto y entendido del público. Pero le llega un momento al matador, en ciertas ocasiones, en que ha de torear contra el toro y para sí. Será un momento muy malo si al público le parece bueno y manejable el toro que no lo es y toma a desgana o cobardía lo que en el diestro es precaución inteligente. Pero el diestro habrá de saber sufrir y no intentar lo que no se puede cumplir. Si le sale un toro tuerto, que por el ojo que ve atropella y corta con la cabeza alta si le quieren torear por bajo, o metiéndose por debajo del trapo si le quieren torear por alto, y no ha habido peón que al salir por ese lado no lo haya hecho, perdiendo el capote y dando traspies cuando no prendido o rodando, bien hará el matador en torear siempre al toro por el otro lado, aunque alguien le grite que está dando vueltas en torno y que debe intentar otra cosa, porque quien grita, por muy gordo que sea, y muy buenas antiparras que gaste y muy buen largo puro que se fume, ni corre peligro alguno gritando, ni sabe que en todos los tratados de tauromaquia se enseña que al toro tuerto hay que torearle saliendo por el lado del ojo que no ve. Y cuando sale un toro que parezca bueno sólo porque es grande, y tonto, y en el último tercio se engatille o se engollipe, y embista andando con la cabeza alta, no como si fuera a dar cornadas, sino a pedir el pienso, bien hará el matador en no torearle de muleta, aunque otra cosa diga el público, y en entrarle a matar pronto, igualado o no, para deshacerse de él lo antes posible. Dirá el lector que esto es ponerse de parte el torero. Cuando el torero tiene razón, no hay más remedio para ser justo. Y el torero tiene razón cuando le da la razón al toro, y le da la razón al toro precisamente cuando se le quita, y cuando torea para el toro torea para sí, y cuando torea para sí torea para los buenos aficionados.



Jugando con el toro, los hermanos Bienvenida llegaban a la quinta- esencia de la emoción y del arte

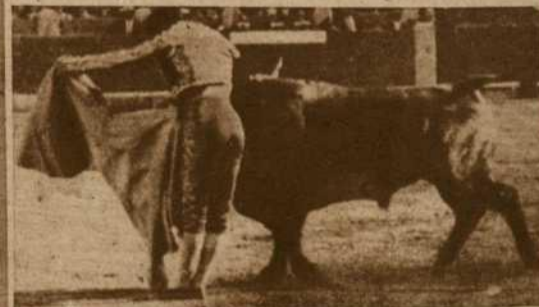
## Toros de José M.º Soto Cañitas, El Espartero, Valencia III y Julián Marín



Cañitas toreado de muleta



Espartero en un estatuario



Valencia III en un quite.—Abajo: Marín es una verónica (Fotos Marín Chivite.)



## A PUNTA DE CAPOTE

# LA ESTATUARIA EN EL TOREO

Por FEDERICO OLIVER

LA planta reposada del torero ante la cabeza del toro cuando hay riesgo inminente; su postura gallarda, serena, y su dominio armonioso en el último tercio de la lidia, cristalizado en lo que los críticos llaman el pase estatuario, ha llegado a constituir un tópico en las reseñas taurinas. Dícese, por ejemplo: "Manolete —este es el torero sin escultura que ha traído la estatua— saluda a su enemigo con naturales ligados con él de pecho, molinetes, manoleínas y estatuarios escalofriantes que ponen al público de pie". Estos nombres, que bautizan lances brevísimos en el tiempo, diferencian gráficamente en el espacio las diversas imágenes que han de reconstruir en la mente sensible del lector la faena en detalle y conjunto que no tuvo la suerte de presenciar. Cuando el nombre se remacha por la costumbre en la cosa concreta que representa, no hay modo de que la suerte. Así, pues, tenemos pase estatuario para rato.

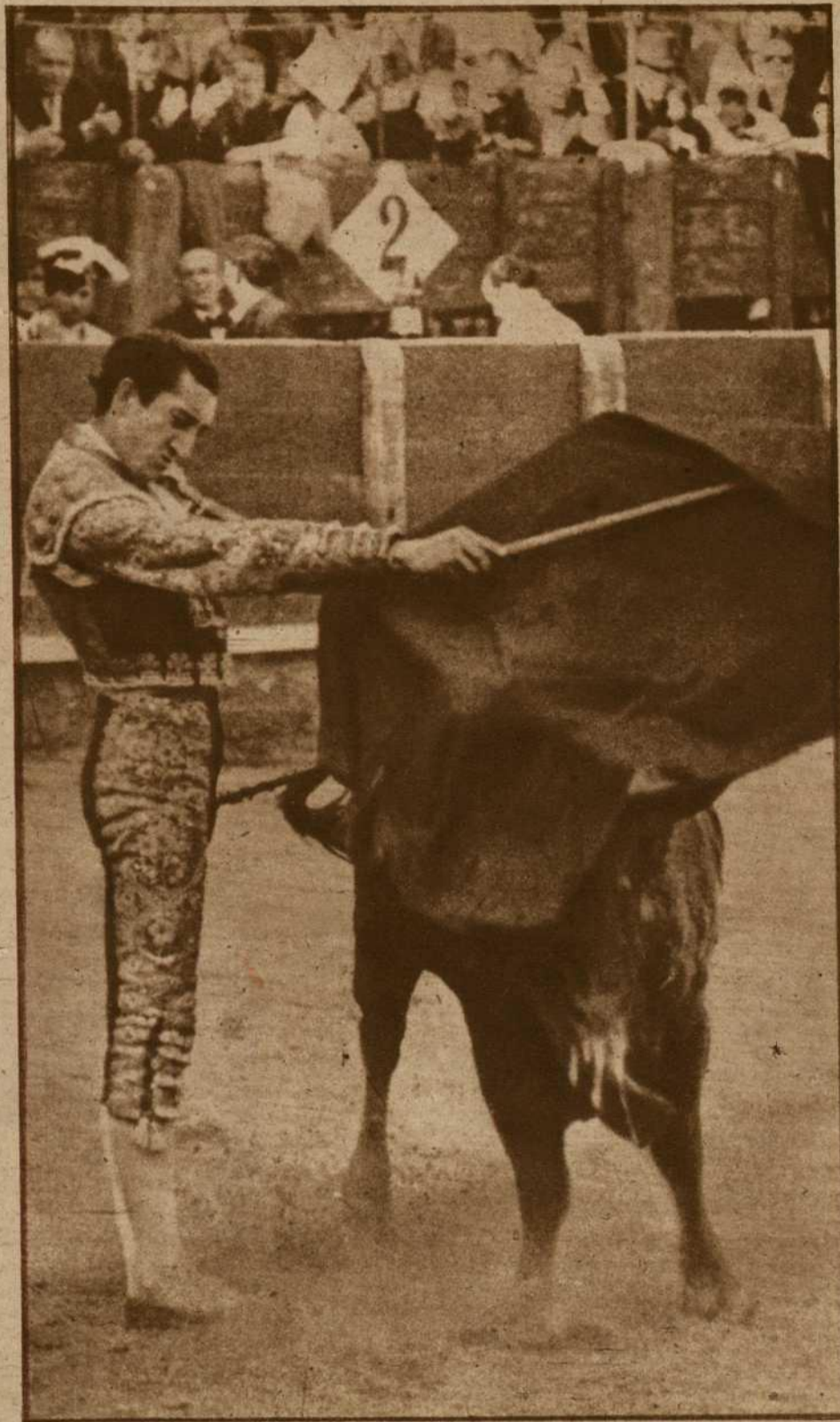
Pero vengamos a cuentas. ¿Puede darse la estatua en el arte de torear? Yo, modestamente, opino que no. El torero es luz ambiente, movilidad, gracia y tanto armonía como desarmonía. La escultura es forma, sobriedad, serenidad, reposo. Yo entiendo, por tanto, que el arte de torear, trágico por orgiástico, es antes pictórico que escultórico por sus elementos naturales. Pintura y no escultura. El mismo vulgo llama inconscientemente pintorero (de pintura) al ídolo coltudo que luce en la arena, ante el peligro, todo el garbo de su arquetipo racial, carne de su carne.

Se me dirá, tal vez, que hay una escultura maravillosa de suertes distintas del torero. Ahí están para probarlo los geniales toritos y toreros de Mariano Benlliure, tanagras taurinas de finísimo cuño. Pero estas lindas esculturas —y perdóneme el maestro— ¿son escultóricas? Yo creo, con muchísimo respeto, que son figurinas exentas en un todo pictóricas, por la magia del pabillo en la plástina, que antes que, modelo, pinta.

Bien; y aquí me parece escuchar otra objeción, quizá la más atinada: ¿Cómo no ha de ser escultórico el arte de los toros, cuando el hombre, escultura por esencia, es su protagonista? Exacto: el hombre, musculado recíamemente en su esqueleto, es motivo de la estatua erguida en su plinto o pedestal; pero el hombre solo, sin toro, sin ruido. Así hemos de estudiar su figura exenta como valor estatuario.

Para encontrar la estatua que deseamos hemos de considerar el cuerpo del espada dentro del canon eterno de la proporción y el ritmo —un cuerpo desproporcionado no es escultórico—, y una vez obtenido el modelo, colóquese en la tarima en la actitud deseada para conseguir la estatua.

¿Cómo? Enhiesta. Vertical. Con las vértebras cervicales, ligeramente inclinadas a plinto con los talones, que acaban de imprimir una vibración cimbreña a la nervatura acerada del lidiador en gesto de reto y cita a la fuerza ciega animal, que aun ciega, mira un punto recelosa a la fuerza inteligente que se le opone. Así veo yo el acto valeroso del torero digno de esculpirse. Y



lo veo con los pies juntos, subiendo sencillamente la línea de las piernas hasta la cadera, con la difícil facilidad de la bella forma lograda. Lo veo con la espina dorsal ligeramente curvada hacia el sacro y con los glúteos embebidos en la pelvis, dando así mayor prestancia y relieve al abdomen, que se adelanta, que se ofrece, a lo posible cornada de la fiera, cócada dramáticamente en su mismo nivel. Todo luchador afronta el peligro adelantando el pecho y rehuyendo el vientre. El torero, no. Por eso su valor es más subido y temerario si se tiene en cuenta que la caja torácica es al cabo una protección y el abdomen, por un descuido singular de madre Naturaleza, no lo es. Su indefensión es tal, que basta una rasgadura en la pared muscular que lo recubre, para que nuestros centros vitales, las entrañas, se vuelquen al exterior. Por eso el vulgo sabe lo que se dice cuando supone el símbolo de la bravura en el bajo vientre y no en el corazón, que, al fin y al cabo, es un peligroso timbre de alarma que suele fallar hasta en el heroísmo. Y por eso llama también gráficamente "con rodapiés" cuando trata de exorcizar el acto que por encima de la protesta del instinto expone a la puñalada o la cornada lo más vulnerable de nuestra inerte túnica carnal.

Y el torero, repetimos, en airosa prestancia erecta, se da a ese peligro que rima por su bella plásticidad con el momento digno de esculpirse. El torero, citando al natural con la muleta plegada en la izquierda, es una bella estatua. Pero no es el pase estatuario, se me dirá. El pase estatuario —contesto yo— es pintura y no escultura.

No quisiera terminar este artículo sin autorizarlo con la opinión de un gran artista de la torería. Me refiero a Joselito.

Cierta noche viajera del año 1912 en que tenía espantado el sueño quise matar las horas en coche-restaurante del expreso que me llevaba al Norte. Por dicha alivió mi soledad la presencia inesperada de Rafael el Gallo, Sánchez Mejías y Joselito, nada menos. Sentáronse cerca de mí, y yo, leyendo en apariencia, les escuchaba sin perder gesto ni detalle. Recuerdo que José miraba a Rafael con afectuoso respeto, y que Rafael, que fumaba un buen puro, abandonaba su ceniza en todas partes menos en el cenicero. Entre sorbo y sorbo de coñac y chupada y chupada de tabaco, hablábase entre ellos de cierto matador ridículo que tenía el defecto de encoger el vientre, dando así un valor indecible a la curva de las nalgas, ya demasiado pronunciadas. Con este motivo, opinaron los toreros sobre lo que debía ser la planta del matador ante la cabeza del toro. Y recuerdo que Joselito, como si consultara a su hermano con la vista, sentenció:

—El torero valiente debe tener la tripa pa alante.

Rafael dejó el puro fuera del cenicero y le miró con gesto indefinible. Entonces Joselito, con un dejo de ternura, añadió:

—¡Lo desía papá!

# LA COGIDA DE ANDALUZ

«Lo que más siento es que he perdido una corrida en la Plaza de Madrid»

Con el diestro sevillano en la Clínica de Ntra. Sra. de los Reyes

**I**NMOVILIZADO en el lecho del dolor, precisamente en la misma habitación de la Clínica de Nuestra Señora de los Reyes donde el pasado otoño Carlos Arruza estuvo hospitalizado, Manolo Alvarez, Andaluz, escríbe, animado, pasadas ya las horas inciertas de la gravedad. Porque la verdad sobre la importancia de la cornada sufrida por el torero no se supo hasta que el diestro no llegó, en la noche del domingo, a Sevilla, y el doctor Leal comenzó a operarle. Hasta ese momento no existía otra opinión sobre la cogida que la dada por el médico encargado de la enfermería de la Plaza de Andújar, que calificó el percance de *puntazo profundo*, pero que no quiso hacer la debida exploración, seguramente por no contar con medios adecuados para una intervención eficaz. Afortunadamente, la herida presenta ya buen aspecto y parece descartada la posibilidad de una infección. No obstante, se cree que Andaluz tardará un mes en curar... Pero al muchacho lo único que le preocupa es el número de corridas que perderá.

—¿Muchas?—le hemos preguntado después de saludarle.

—Si estoy un mes aquí, serán siete u ocho... Y lo que más siento es que entre ellas pierdo una en Madrid, en la que tenía puesta mucha ilusión. Ahora que podía saldar la deuda que tengo con el público madrileño, a quien deseo ofrecerle una buena tarde de toros, esta cogida estúpida me impide satisfacer mis propósitos.

—¿Cómo fué la cogida?

—En la faena de muleta del tercer toro. Es verdad que el bicho se vencía por el lado derecho; pero había pasado ya dos veces sin hacer ningún extraño y me confié. Fué entonces, a la salida del molinete, cuando me dió la cornada. Cuando me levanté del suelo, quise continuar la faena; pero sentí un gran dolor en la ingle, y al tocarme me di cuenta de que estaba herido. Me llevaron a la enfermería, y poco después, en vista de que el médico creyó lo más conveniente el traslado a Sevilla, salí en una ambulancia para acá.

El tío de Manolo —que también usó en los ruedos el nombre de Andaluz y que ahora es su apodadoro— nos facilita algunos detalles sobre el traslado del herido.

—Por suerte, había en Andújar una ambulancia, y el gobernador civil de Jaén, que se hallaba en la Plaza, no sólo dió su autorización, sino que facilitó la gasolina necesaria para el viaje a Sevilla.

—¿A qué hora llegó Manolo a Sevilla?

—Sobre las dos de la noche. A esa hora comenzó el doctor Leal su intervención. El doctor Díaz Tanorio acudió después, a requerimiento de su compañero, ante la importancia de la herida.

Mientras Manolo conversa con su madre y sus hermanos, Sevillano, que está con nosotros, se lamenta del percance sufrido:

—Ha sido una lástima. Ahora que íbamos *embalao*s... Y en un toro que, si no le coge, después de los pases de muleta que le había dado, de seguro que hubiera cortado las dos orejas.

—¿Se dieron ustedes cuenta de la gravedad de la herida?

—Sí. Por eso, todos insistimos en sacarlo de allí. A los pocos momentos de entrar el matador llegó un picador con un brazo roto, y después, un espectador herido en la cabeza por el casco de una botella. La enfermería era demasiado pequeña y casi no podíamos dar un paso. Hasta que no vi salir a la ambulancia, no quedé tranquilo.

—¿Cuántas corridas llevaban ustedes?

—La de Andújar era la undécima. Este año iba muy bien el matador.

Andaluz, que ha estado atento a las palabras de su banderillero, interviene en la conversación:

—Si el toro no me coge, termino el mes de mayo con veinte corridas.

—¿Esta es la segunda cogida?

—Sí. La otra fué en el muslo, toreando en Tarazona; pero no tuvo tanta importancia como ésta.

Llega un telegrama interesándose por la salud del diestro. Sobre una mesa hay medio centenar. Todos ellos contienen mensajes cariñosos, de congratulación por haber salido bien del trance.

—Han llegado—nos dice el tío de Andaluz—de toda España. Algunos son de aficionados a quienes apenas si conozco, pero que no han querido dejar pasar la ocasión para testimoniar su afecto a Manolo.

Cuando, terminada la charla, salimos de la clínica, el teléfono repica insistente. Es una voz anónima interesándose por el estado de Andaluz...



Manuel Alvarez en la cama del sanatorio, después de experimentar mejoría en su estado.



Con sus hermanos, que le muestran las fotos de su cogida, publicadas en EL RUEDO. Abajo: El torero con su madre.





## MADRID EN SAN ISIDRO

# Flor y elogio de la semana grande de mayo

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL

**L**A taurina semana grande de mayo es otra de las cosas que el decurso del tiempo ha ido transformando insensiblemente, hasta dar con ella al traste y recluirla en el museo de los recuerdos.

Algunas veces, cuando a ciertas zarzuelas antiguas de costumbrismo atinan a darles su estampa vistosa, cobra vida la *isidrada* y alienta el espíritu del palurdo de la vega del Jarama, con las alforjas, el calzón y el pavero echado hacia atrás.

Era éste el primordial protagonista humano de aquella célebre romería madrileña desaparecida. La fisonomía de Madrid era otra muy distinta a la de hoy. Abundaban los litúrgicos mantones chulapos de crepón y de Manila, las gorrillas de seda, a lo Felipe, y las querellas de amor con alma de Chapí. El aire olía a casticismo puro, y la sal y el clavel de la Casta y la Susana, con una gracia que "ahorcaba", se encontraba en los ramilletes de mujeres que poblaban de risas y de indefinible encanto las calles de la Corte.

La desaparición especie del *isidro* llenaba también todos los ámbitos de la capital, que por algo era la romería de los campesinos madrileños, y le daban a la estampa todo el valor pictórico y joyante que en sus buenos tiempos tuvo la semana del 15 de mayo, fechaorada que aguardaban con impaciencia todo el año para venir a Madrid y descubrir sus encantos y secretos. Había graves caballeros que gustaban confundirse en el espíritu de los romeros —que era el espíritu de la Villa— y no tenían inconveniente en disfrazarse de *isidros*, persiguiendo las musarañas de la estrepitosa romería, con el atuendo de labriegos.

Aquello era de ver, señores. Cinco grandes corridas colmaban el cartel nacional de torería, con sus gritos de hirientes colores y pronunciados oros valientes. Petulantes espadas de primera fila y toros de las mejores divisas —Miura, Conde de la Corte, Santa Coloma, Pablo Romero...— componían la estampa emocional. Y todo esto en mayo, con su poder de primavera plena, la reverberación de claveles dobles y el verso fugaz de los progones por las calles manolas. Mayo, que es un mes de epifanía y de pagano cantar a la existencia, es también el mes felón de los negros cronicones y de las épicas leyendas de torería, porque en este mes engarzaron su nombre en el romance juncal, con rubies de sangre, los mejores ídolos de los ruedos —Espartero, Fabrillo, Joselito, Varelito, Granero, Gitanillo de Triana...—. Desde el tango triste del Espartero, allá por el 94, Madrid llora todos los años la

efemérides taurómaca en la que el mozo de la Plaza de la Alfalfa murió, en una explosión de gloria y de tragedia, de un encontronazo viril con el miureño Perdígón, viñeta romántica ya extinguida:

*¡Veintisiete de mayo, funesto día para los sevillanos de mal agüero, pues en Madrid, la Corte de las hidalguitas, un toro de Miura mató a Espartero!*

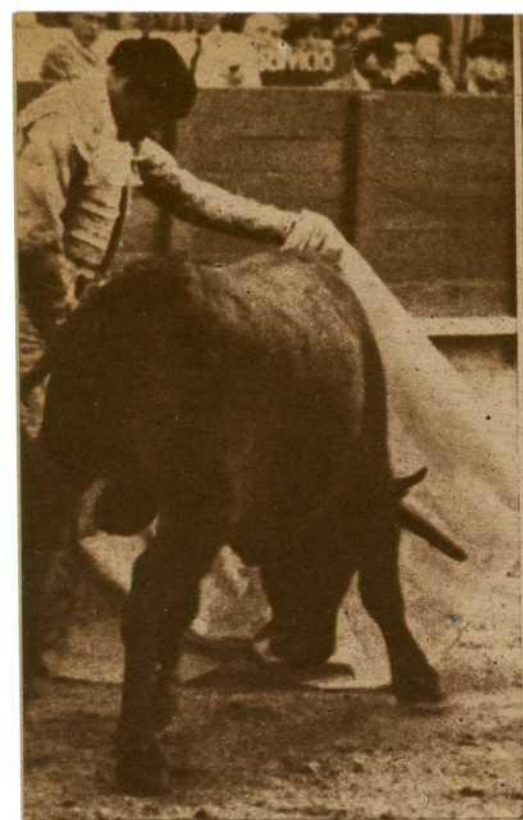
De mañanita se daba una vuelta por el sotillo del Manzanares, donde había churros, aguardiente de Chinchón y organillos chulos que cantaban sin cesar habaneras, chotis y mazurcas. A mediodía, la comida era copiosa. Después se encendía el puro y... ¡a los toros! Aquel ir a los toros se recierda con frescura de maravilla. Al hacer aquella evocación o arqueología, una vieja emoción sube a la garganta y a los ojos. La mayoría de los votos circenses iba a pie, procesionalmente, sobre todo los esforzados *isidros*, calle de Alcalá arriba, con una alegría simpática y castiza que ya, ya, y una antelación suficiente como para no perder ni un minúsculo detalle. El coso de la carretera de Aragón se llenaba de sol, de voces y de reflejos; de mujeres de Murillo y majas de Goya, donde se podía saludar fácilmente al espíritu de Gautier. Y a la Villa del Oso y el Madroño venían por San Isidro artistas de todo el orbe, al modo de Musset, del autor de "Carmen", y otros no menos egregios, a labrar ingentes montañas de poesía. Aquellos *isidros* eran muy exigentes en la Plaza y no se conformaban con el pegelete ni la canfama, teniendo que jugársela de verdad los lidiadores y entrar en corto y por derecho para que desarrugaran el ceño. Y cuando no era así, los obsequiaban con una lira de "minucias" y con la música floreada de los pitos del Santo, que habían adquirido en la Pradera o les habían tocado en la rifa. La intransigencia de la *isidrada* era tal, que en cierta ocasión le obligó a decir a Gu'rrita, entre irreverente y socarrón, después de actuar en las corridas de la semana grande de mayo:

¡En "Madrid", que "atoree" San Isidro...

El Municipio matritense debiera ocuparse de que volviera a lucir el gran resplandor de estas fiestas populares, para que Madrid se encontrara a sí mismo. Y la Empresa de la Plaza de las Ventas, que diera con el quid para organizar unas corridas por San Isidro dignas de la primera Plaza del mundo, y reconquistar, en parte, la categoría moral que hace tiempo perdió la fiesta.



ANTONIO CASERO



Armillita toreando por verónicas a su primero



Las cuadrillas, dispuestas para salir al ruedo. Al frente, Silverio, Luis Miguel Casado y Armillita

El domingo, en Barcelona

Toros de doña Juliana Calvo

**Armillita, Silverio Pérez,  
Paquito Casado y Luis Miguel Domínguez**



Un adorno de Luis Miguel Domínguez



Un derechazo de Luis Miguel en un segundo



El mejicano Silverio Pérez toreando al natural.—Abajo: A la izquierda, Casado en un quite; a la derecha, Silverio en la faena de muleta



Paquito Casado, de rodillas, toca el pitón del toro



Paquito Casado al comenzar su faena de muleta.—Abajo: Silverio toreando de muleta



Luis Miguel toreando de muleta.—Abajo: Armillita al iniciar un pase por alto. (Fots. Valle.)







Rematando en las tablas  
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Manuel Mejías Bienvenida, Papa Negro